

## JUAN JOSE MOROSOLI

### RESEÑA BIOGRÁFICA

***Se cumplen en diciembre cincuenta años del fallecimiento del escritor Juan José Morosoli Porrini (1899-1957). Esta fecha se ha tomado como oportunidad para rendir homenaje a la trayectoria del emblemático escritor minuano.***

En la presentación de la muestra realizada por el Centro Cultural de España, en el mes de abril, expresa Oscar Brando: “nació en Minas, hijo de un albañil suizo del cantón de Ticino, frontera con Italia. Giovanni, su padre, cruzó el océano y se instaló en un lugar que podía seguir evocándole la tierra de la que se exiliaba. ‘Hablemos del Ticino –disertará el hijo, años después- tierra de valles y montañas, de riscos y de lagos, donde las nubes bajan hasta las casas y las casas suben hasta las nubes’. No es pampa ni desierto, el mar está lejos. No expone a esa angustia que nace en lo infinito, en los espacios planos que confirman la pequeñez del hombre; otros vacíos lo abisman en la soledad.”

Y agrega Brando : “Caso paradigmático de autodidacto, Juan José cursó sólo cinco años de primaria. Cuando salió de la escuela ya había tenido su primer triunfo literario. ¿Quién puede desentrañar ese misterio? ¿Cómo evitar considerarlo una señal? Luego no hubo ninguna leyenda romántica: un maestro que lo descubriera y lo protegiera para que siguiese sus estudios; una madre inspiradora de cultivos artísticos. No. La vida le impuso el trabajo temprano y templó su espíritu comercial. El periodismo de provincia y las resonancias de una literatura que aún no daba la espalda al interior fueron sus aliados incondicionales.”

Expresa también en otro pasaje: “El viaje al mar (en fin, al Río de la Plata) que Juan José realizó cuando tenía 10 años contenía un puñado de presagios. Fue el premio a un concurso de composiciones escolares: cerró, prematuramente, su ciclo escolar y abrió, sin saberlo, otro itinerario. La visita fue al puerto de Montevideo cuya inauguración, que no concurrió, estaba programada para el 25 de agosto de 1909. La escritura inaugural dedicada al puerto, anticipó la otra que Morosoli haría de espaldas al mar. Morosoli se internó en el departamento de Lavalleja como lo hicieron los fundadores de Minas, que venían de Maldonado, o como lo hizo su padre que venía de más lejos y también buscó distancia con el mar. Regresó cuarenta y pico de años después, con el cuento “Un viaje hacia el mar” (1952). El cine lo ilustró en 2003, al cumplirse casi un siglo de aquella aventura.”

### VIDA Y DESTINO

- 1899, 19 de enero. Nace Juan José Morosoli Porrini, en Minas Lavalleja. Es inscripto el 25 de enero por María Porrini, oriental de 20 años, casada con Juan Morosoli, suizo, de profesión albañil.
- 1907 –1909. Concorre a la Escuela Artigas de la ciudad de Minas. En el libro de

matrículas de la escuela, consta que abandona sus estudios para comenzar a trabajar.

- 1909, agosto. Obtiene el primer premio en el concurso sobre el tema “El juramento de la Constitución”, lo que le vale la designación como miembro de la delegación oficial para asistir a la inauguración del puerto de Montevideo.
- 1920 –1929. Luego de trabajar como mandadero y dependiente en la librería y bazar de un tío materno, Juan José Morosoli se instala, por su cuenta, con un pequeño café en la calle 25 de Mayo, entre 18 de Julio y Beltrán. Poco después establece el Café Suizo y en 1923, en sociedad adquiere un almacén y barraca ubicada en la calle 18 de Julio y Florencio Sánchez. En 1929 queda solo al frente del negocio, que será transformado en sociedad anónima poco antes de su muerte.
- 1923. Se inicia en el periodismo bajo el seudónimo de “Pepe”. Lo hace en el periódico “El Departamento” y colabora luego, en forma esporádica, en publicaciones como “Revista nacional”, “Mundo Uruguayo”, “Revista de Minas”, el suplemento del diario “El Día” y el semanario “Marcha”.
- “1923 – 1928. Con Julio Casas Araujo escribe tres piezas teatrales:”Poblana”, estrenada en el teatro Escudero, de Minas en diciembre de 1923 por la compañía de Carlos Brussa con la dirección de Angel Curotto y que al año siguiente se representa en el teatro Artigas de Montevideo: “la Mala Semilla”, estrenada en Abril de 1925 por la misma compañía, y “El vaso de sombra”, estrenada en marzo de 1926 por la compañía de Rosita Arrieta con dirección de Angel Curotto, en el teatro “Lavalleja” de Minas. Dos años más tarde se representada en la temporada oficial de Casa del Arte.
- 1925. “Bajo la misma sombra”, volumen colectivo de poesía donde aparece “Balbuceos de Juan J. Morosoli.
- 1928. “Los juegos”. Volumen de poesía
- 1929. 18 de mayo. Se casa con Luisa Lupi.
- 1932. Primera edición de “Hombres”
- 1936. Primera edición de “Los albañiles de los tapes”.
- 1942. Segunda edición de “Hombres”, con prólogo de Francisco Espínola.
- 1944. Primera edición de “Hombres y Mujeres”.
- 1947. Primera edición de “Perico”.
- 1950. Primera edición de la novela “Muchachos”.
- 1953. Primera edición de “Vivientes”
- 1957. Domingo 29 de diciembre: Muerte de Juan José Morosoli.
- 1959. Primera edición de “Tierra y Tiempo”, libro que entregara poco antes de su muerte a una editorial argentina.
- 1959. Premio Nacional de Literatura. Es la primera vez que se otorga este premio en forma póstuma; la candidatura para el premio a J. J. Morosoli recoge catorce votos
- 1961. El Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República edita “Los albañiles de los Tapes y otros cuentos”, antología seleccionada y prologada por Arturo Sergio Visca.
- Banda Oriental reúne, bajo el título de “Viaje hacia el mar”, cuentos que Morosoli dejara inéditos a su muerte.

- 1964. Banda Oriental edita “Cuentos Escogidos de Juan José Morosoli”, recogiendo dos relatos hasta entonces no recogidos en libro.

En el correr de estos años, se han realizado numerosas reediciones de sus obras, por Banda Oriental.

En 1988, un equipo de cineastas suizos filma, en Lavalleja, con actores uruguayos, “Viento del Uruguay”, película basada en “Los albañiles de los Tapes”, entre los actores figuran Walter Reyno, Til Silva, Rodolfo Da Costa, Fernando Toja, entre otros, junto a un actor europeo.

En el año 2003 se filma en Uruguay, “El viaje hacia el mar”, con Julio Calcaño, Julio César Castro (JUCECA), Troncoso, Del Grossi, el argentino Arana entre otros.

En el 2006, Luis Neira en “Cuentos de lobisones” (Ediciones Arkano), recoge el cuento “Servicial el hombre”, hasta ahora no publicado en libro, aparecido originariamente en el suplemento dominical de “El Día”, en marzo de 1957.

## HOMENAJE A JUAN JOSÉ MOROSOLI

### ASI LO EVOCABA J.C. ONETTI

### NOS HABIA PROMETIDO UNA NOVELA LA NOVELA QUE IBA A EMPEZAR EL PRIMERO DE ENERO

El domingo 29 de diciembre de 1957, el escritor minuano Juan José Morosoli, se iba de este mundo, dejándonos para siempre ese gran racimo de cuentos, que gustan grandes y chicos. Con esa misma fecha Juan Carlos Onetti escribía su nota en el diario Acción.

Los principios literarios de Morosoli datan de 1923, cuando publicó en periódicos minuanos sus primeros versos. Tres años después publicó un libro junto a otros poetas de sus pagos: Valeriano Magri, José M. Cajaraville, Guillermo Cuadri y Julio Casa Araujo. E libro se llamaba “Bajo la misma sombra” y todavía Morosoli no era Morosoli. Esto llegó después de 1930, con la aparición de “Hombres”. La grandeza y la debilidad de Morosoli –ya nos lo dirá él mismo- nacen de su afán de autenticidad de darnos a los tipo en sus simples y terribles peripecias de la manera más directa y simple posible, escondiéndose el autor, en el inflexible respeto al alma de sus personajes. Poco después aparecía “Los albañiles de los Tapes”. Este libro continúa siendo un acontecimiento en nuestras letras, como ya se ha dicho, la obra da la sensación de algo trabajado en piedra, de cosas que ha sido escritas para siempre.

Y los albañiles se benefician de algo poderoso y decisivo que no se encuentra casi en la obra futura de Morosoli. Porque es un libro construido con la suma de errores de perspectiva de escenas imaginadas y desvaídas. La raíz del libro estaba en la infancia de Morosoli. Su padre emigrado suizo que había buscado en el paisaje minuano la prolongación de las montañas de su padre, era de profesión constructor y estuvo dirigiendo la obra del cementerio de los Tapes.

Algo de lo contado en el libro lo vio el niño, otra parte se basó en los relatos no

comprendidos con toda claridad., el resto lo hizo el talento de Morosoli. su vida desde la adolescencia muy pobre, prefiguró la parte más extensa de su obra. Obligado a trabajar, no pudo ceñirse a las comodidades y a la rutina de los empleos. Junto con algunos amigos, ensayó victorias comerciales en canteras y montes convertidos en carbón.

Luego se dedicó a resolver el más grave de los problemas de montadores y picapedreros: las provisiones. Con un par de pesos comenzaron los trabajos y las andanzas de Morosoli. Sin haberlo elegido deliberadamente, comprendió que la suya era la tarea ideal para Morosoli escritor.

Sus viajes por el departamento le permitieron conocer lo que más le importó en literatura: los seres humanos y casi. Sus títulos son una declaración de fe: “Hombres”, “Hombres y mujeres”, “Muchachos”, “Vivientes”. En las pocas líneas de sus cuentos, los vivientes vienen y se van, nos dejan su miseria y su candor; a veces su amistad.

La existencia errabunda de Morosoli llegó a ser también fructífera. Hace pocas semanas nos decía que 1957 sería el último año dedicado al trabajo. El primero de enero de 1958, el miércoles próximo, comenzaría a escribir un novela pensada desde hace años atrás. Sería la continuación de “Muchacho” y su acción cubriría dos décadas de la vida del país.

cuando le señalamos que había logrado una de las pruebas más evidentes del triunfo de un escritor, la de tener discípulos, nos contestó que lo lamentaba:

“Porque, a mi juicio de hoy, trazar ‘vivientes’ es tarea relativamente fácil. Sobre todo para el cuentista del interior. Minas, la ciudad y todo el departamento, está llena de tipos, de seres vigorosamente personales, o fuertemente deformado por la vida. Para mi, es coser y cantar. Hoy creo que es necesario emprender trabajos de mayor, que exijan más fuerza de creación e inventiva. Esa es la empresa que me aguarda a partir del primero de enero de 1958”.

## ENTREVISTA A JUAN JOSE MOROSOLI.

### SU PENSAMIENTO . SU PUEBLO. SU GENTE.

#### *Por Ricardo Escuder (\*)*

Calle polvorienta en los suburbios de la ciudad de Minas. Plena tarde de enero. El sol descende casi vertical sobre las casas. el poblado parece desierto. La gente sesteaa o se amodorra, pues los oasis de frescura –que suelen ser los patios – han sido absorbidos por el bochorno. Hondo silencio, a veces interrumpido por el chocar estridente por los elitros de una cigarra en vecino cerco de trepadora. En un umbral u perro dormita, y a veces sacude la cola espantando porfiada mosca.

De repente, es roto el silencio. Un mozallón –indumentaria mínima, chafado, sombrero, gruesas alpargatas- irrumpe al cabo de la calle. Viene empujado ante sí, y a certeros puntapiés, una vieja lata que ha sido de conservas.

Algunas verdes celosías se abren para que los malhumorados sesteadores puedan ver que los hicieran bajar de la gloria del sueño, en forma tan imprevista.

Es “Mundo chico” o “Mundito” –el hijo de “El viejo Mundo”, proveedor de berros y de pichones de cotorra, es tipo popular en la ciudad de los cerros.

El muchachón se acerca al umbral donde dormita el perro. Este lo ve acercarse y temeroso

de un puntapié, se hunde en la penumbra de un zaguán gruñendo.

Por la puerta de una casa vecina se destaca la figura de un mozo que mira con simpatía la silueta, algo desgarbada, de “Mundo chico”. El mirón es un poeta del pueblo y el transeúnte uno de los personajes de sus recios cuentos de la tierra.

“Mundito” saluda al “pueta” alzando la mano, y sigue de largo asestando un nuevo y estrepitoso puntapié a la improvisada pelota.

El mozo se queda en la puerta contemplando la figura que se aleja.

Por su mente desfilan entonces : “Ferreira”, el cantero criollo que se hizo comunista... hasta que vio una cabalgata con la bandera de su partido político a la cabeza, y “como loco salió tras ella” arrastrado por la fuerza de la tradición, “Pataseca”, flaco y amarillo, que fabrica ataúdes para los pobres; “Ciriaco”, el peón que mató por celos; “El chileno”, extraño y misterioso ser cuya vida se desarrolla en silencio; “Coscoja”, el del “breack” de alquiler, al que el progreso edilicio va desalojando sin lástima, de sus costumbres y hasta de la vida. Son los personajes de los cuentos de Juan José Morosoli, el escritor minuano. Son hombres y como tales, llenos de defectos; son humildes y buenos, acollarados a una existencia de pobres, en la que los accidentes felices escasean como la plata en sus bolsillos, van desfilando ignorantes de su misión terrena, impregnados de un consolador fatalismo.

Pero aun hay otros: “Latorre” –que cambiaba surtido de almacén por gallinas y pájaros y cuya felicidad era el domingo en que se convertía en cazador con tramperos, redes y pega – pega; “Loreta” hospitalaria y prolífica; “Cándida”, “La hija de las yeguas”; el negro curandero de la picada ...

Morosoli los ha visto desde niños en la desnudez de sus almas, y su espíritu fraterno lo ha hecho amar a esos “hombres”.

Ha sentido el golpeteo apresurado de sus corazones en las poco frecuentes horas de luz y de alegría, y ha palpado su tristeza –que no es cobarde mansedumbre –sólo la injusticia social.

Porque los ha amado, es que ha sabido comprenderlos se ha adentrado en su alma y ha podido contar su interior.

De ahí ese magnífico libro que se titula “Hombres”, hondo como un sentimiento bueno; áspero al igual de los cerros que contornean sus pueblo, aspereza suavizada por el amor con que ha perfilado a sus “hombres”.

Libro que es la revelación de un notable escritor nativista y que ha premiado, con entusiasmo , el Jurado de la Remuneraciones Literarias y Artísticas.

En lo que nos es personal, albergamos profunda estimación al escritor y al hombre. Por tanto con verdadero placer transmitimos al público algo de la modalidad de Morosoli y de sus conceptos literarios.

Nos dice el autor de “Los juegos”:

- En Minas, cuando yo comenzaba a escribir había gran fermentación intelectual. Yo oía hablar de Casas Araujo y Manuel Benavente y Caporaville. Un día me acerqué a un diario, pues en Minas, como en todos los pueblos, las redacciones son capillas de arte, y acercándose y acercándose, el forastero un día es de la casa. Así fue. Cuando quise acordar, estaba en ellos.
- *¿Qué concepto tiene usted de la poesía?*
- No tengo un concepto que me conforme para definir la poesía. Recién ahora frente

a la pregunta pienso que no necesario tenerlo. Creo que cuando yo escribí “Los juegos”, eran versos para muchachos y de nuestro día. suelto como unos bichitos vivíamos. Yo sentía el gusto de las pescas del arroyo y la emoción de rajarle la cabeza de una pedrada un pájaro. Vivía lo que hacía sin darme cuenta.....

- *¿Y del cuento?*
- Del cuento sí. Yo creo que con amor y amistad se pueden comprender los hombres. Y aquí, -en los bordes de mi pueblo está – como en los arroyos la leña muerta – charamusca, resaca – la veta. y también en las chacras que no tienen, que y sepa, su cronista. Y en las canteras, de lo que está todo roto el paisaje de Minas.. Tal vez yo soy un poco parecido a mis hombres. Por eso los saco como son. ¿pero no ve que soy muy inculto y sólo tengo el mérito de ser un buen busca – rumbo?
- *Además de las letras. ¿qué otra actividad cultiva?*
- Yo hago de todo. Vendo maíz. Compró carbón y cuando tenga unos pesos – bastantes – me haré granjero, como deseaba mi padre que era albañil suizo y padre de dos hijos.
- *¿Tiene algún libro inédito?*
- Preparo “Los albañiles de Los Tapes” – que editará la Sociedad de Amigos de Libro Rioplatense – donde veré, si puedo, mostrar algo que yo he visto: los gringos que hicieron las casas – las primeras casas “como la gente” que tuvieron los criollos ricos – y plantaron las primeras lechugas...Cosa bien intencionada es, ¿no le parece?

(\*) Esta crónica fue publicada en el suplemento dominical del diario EL DIA, en 1933, bajo el título: “JUAN JOSE MOROSOLI. Escritores uruguayos”.

JUAN JOSE MOROSOLI, HOMBRE Y ESCRITOR (\*)

**Por Santiago Dossetti**

*La emotiva y nostálgica evocación de Dossetti de quien fue su conuñado, permite localizar con fina paleta, fuerza expresiva y nítidos conceptos, su personalidad estética y moral.*

*De otra evocación anterior de Dossetti, transcribimos esta imagen de Morosoli, como pórtico y para complementar y animar los elementos documentales abrigados en su memoria y sus conceptos, que se recogen seguidamente:*

“Una ficha confidencial de Morosoli tendría que contener, por lo menos, los datos siguientes:

-Era tímido. El no poder andar solo era una forma de su timidez.

-No salió nunca de su pago. Hizo alguna escapada – siempre acompañado – al estado de Río Grande y a Buenos Aires.

-Desconocía la emoción del juego. Ni naipes, ni billar, ni ajedrez. Nada.

-Carecía de manualidad para las pequeñas tareas de los campamentos. Su cuñado Santiago Lupi – que también lo es mío- sostenía y sigue sosteniendo que Pepe no era capaz de hacer un fogón como la gente, aunque le dieran toda la leña de las sierras de Minas. Y mucho menos un asado.

-Dormía siestas urgentes, verticales, en la arena de los ríos, sobre el césped o sobre cualquier pelego. Para justificarse ante las bromas de sus compañeros de “camping”, decía que él se acostaba para dormir y no para estar despierto. Testimonio de su salud física y espiritual.

-Comprendía y sentía mejor la pintura que la música.

-Tenía una casa en la playa La Floresta y a ella iba los fines de semana, en invierno. ¿Disparándole a la gente? No. Para cambiar de gente. Allí se entreveraba con los pescadores. Demarchi, entre ellos, que había sido arquero de Nacional en la época de los Scarone y Pascual Somma. O con Supicci Sedes o Emilio Carlos Tacconi. O con Sabino Defunchio, el omnibusero de la playa, que iba a las horas enteras a la estación del ferrocarril y al pasar por la casa de Morosoli le daba bocinazos hasta que éste salía y lo acompañara en el viaje. El diálogo, ceñido, solía atrasarle el recorrido al ómnibus.

Sólo, lo que se dice solo. Morosoli no estuvo nunca. Los seres soledosos que suelen erguirse, como vegetales, en su mundo, son una forma de desquite, cumplido por el alma del autor.

Pasábamos una noche frente a esta misma escuela, la escuela Bengochea y después de la señorita Francisca y luego de Gerardo, frente a esta casa señora – señora se les llamaba antes a las casas que tenían derecho a izar la bandera de la comunidad – esta casa que dio a Morosoli los instrumentos para validar y pensamiento, cuando el escritor me dijo, hatillando una conversación de largo caminar:

-10 millones de personas han muerto en la última guerra. Ahora se sabe la cifra justa. 10 millones de hombres cuyo nombre se ignora, de los que nada sabemos ni podremos saber jamás.

Yo asentí, creo que sin vacilar, porque mi pensamiento coincidía con el suyo.

Entre aquel ensombrecido anonimato, solo un nombre había quedado escrito, el de Jean Jaurés, apóstol de la paz; un Tolstoi activo, que había caído en un café de París, traspasado por balas patrióticas, disparadas por un paisano suyo. Diez millones de muertos en la guerra y un solo nombre en la memoria del mundo.

Éramos jóvenes, veníamos arrastrados por las corrientes que sangraban en los mensajes estremecidos de un Barbuse, un Remarque, un Leonard Franck. La produjeron una vorágine de certidumbres, resentimientos, inseguridades, iluminaciones, frustraciones. Y no disponíamos de la humildad necesaria – el drama de la juventud es no saber ser humilde – para comprender que al hombre, a la humanidad toda, se los puede servir desde la oscuridad, el anonimato y el olvido, sin que haya oposición o contradicción entre los términos de servicio. Los diez millones de hombres desconocidos – una y todos – entregaron lo suyo en el mismo grado que lo hizo Jaurés. Poco o nada cuenta nuestra

angustia por rebasar el tiempo que nos entrega la vida. Ahora sabemos lo que hay que saber, lo sabemos con certidumbre granítica y celeste – él y nosotros – porque lo aprendimos en los caminos y lo experimentamos en la tranquila transparencia de nuestras almas. A veces, también, en el alma de los demás.

Ni los Florencio Sánchez ni los Pedro Belou ni los Juan José Morosoli que han desfilado por esta escuela, necesitan de esta agitación emocional e informativa para perdurar. Lo necesitan, esos sí, quienes nada son en la memoria de las gentes, sobre los que ha caído una muerte total, como cae la noche sobre un bajío. Lo necesita el negro Wenceslao, el guitarrero que tocaba de oído, que nadie sabe cómo era y, ni siquiera, si fue. Lo necesitan quienes entraron y salieron en blanco, sin dejar huellas en la vida. Entraron con las manos vacías y lo poco recogido se les cayó sin dar frutos.

Ahora que estamos clarificando por la humildad, por no ser ya, jueves , podemos hablar de Pepe, como lo haría él confrontando a los millones de muertes sin nombre. Muertes, muerte. Y nada más. Sentimos una fuerza recóndita que nos conduce a desviar la dirección del camino trazado e impuesto. Algo así como un acto promovido desde un exterior impreciso, que nos lleva a transferir nuestro homenaje, el homenaje de la escuela, a los millares de niños que hay pasado por sus patios y aulas. Niños a quienes la vida nada dio cuando hombres y ellos no tuvieron el coraje suficiente para arrancárselo, aunque fuera a pedazos, así se tratara de un pan o de una flor.

Nuestra amable invitante, la señorita Irma, que es una mujer sensible, comprensiva de los seres por su familiaridad con los materiales que lo espiritualizan, debe admitir esta transferencia como la versión natural de quien cree comprenderse, considera que comprendió al amigo evocado y aspira a comprender a los demás.

Ojalá que en esta desviación formal, pero no temática, podamos encontrar el plan y programa de nuestra disertación, como encontró Morosoli – buscando en los subyacentes – la médula y la arquitectura de su obra.

En Morosoli caliente y próximo, que calculó a lo celeste la profundidad del alma humana y vio a los sin luz, sin ponerles ni sacarles, tal como eran y como seguirán siendo, nos confrontamos a los que, por oscuros y por olvidados, ni siquiera se conocen como cantidad. La escuela y consecuentemente el mundo están contruidos con materiales extremos, oscilantes entre el todo y la nada. Aproximar estos valores y concertarlos para la vida es una bella tarea. Debemos cumplirla sin vacilaciones, sin miedo de jugarnos en la piel o el corazón.

## ***II***

Aportaremos algo sobre Morosoli, sin rigor estricto y acaso hasta sin orden.

Algunos datos, episodios, comprobaciones o consideraciones, que permitan mostrarlo en su dimensión aproximada.

Juan José Morosoli nació en Minas, en la calle 18 de Julio, el 19 de enero de 1899, a las 7 de la mañana. En los libros del Registro del Estado Civil (acta 28, folio 14 vuelto)

consta que su nacimiento fue inscripto el 25 del mismo mes y año, por María Porrini, oriental, de 20 años, casada con Juan Morosoli, suizo.

“La causa de no presentarse su esposo – dice el juez Isidro Escudero en el acta de nacimiento – es por encontrarse ausente, ignorándose el día de su regreso”.

El padre de Morosoli era albañil y pasaba largas temporadas en la campaña del departamento. Construyendo azoteas y cementerios para los estancieros, decía Pepe después, muchos años después. Dos paisanos de su marido, Carlos Lupi y Antonio Figgini, avalan como testigos la declaración de María Porrini. Juan José fue el mayor de una familia integrada por doce hermanos.

Se matriculó como alumno en esta escuela en 1907. Tenía 8 años. Dejó de concurrir a clase en 1909. Tiene, pues, en su haber de estudiante solo dos años de docencia disciplinada. Lo demás fue una percepción desordenada y anárquica, casi angustiada.

“En agosto de 1909, con motivo de la inauguración del puerto de Montevideo (lo cuenta Morosoli mismo, en *El Grillo*, de julio de 1956) resulté premiado con el número 1 en un concurso de composiciones con el tema “El Juramento de la Constitución”. Como premio obtuve un pasaje gratis para asistir a las fiestas de aquella inauguración, acompañado una delegación oficial. Mi maestro fue Anastasio Bengochea, a quien tengo siempre vivo en mi memoria”.

“Abandona la escuela para ir a trabajar”, se dice escuetamente en el libro de matrícula de la escuela Artigas. Entra como mandadero y dependiente en la librería y bazar de su tío César Porrini. Ese empleo – más calle que techo – lo puso en contacto con gente diversa. Zaguanes amplios, frescos de vegetales curiosos de luz y suburbios ardidados de muchachos, ladridos y basurales. Conoció la ciudad y sus habitantes, como a la palma de sus manos. Los que venían a él y los que él buscaba.

Cuando Blanes Viale, el pintor de Mallorca y el Iguazú, fue atrapado por la luminosidad apasionante y las formas caminadoras del Arequita, Morosoli lo proveía de pinceles y colores. Y le ataba conversaciones como quien ata una carrera improvisada, para sacar algo de lo que el pintor llevaba en los ojos y en el pensamiento. Los encuentros esporádicos con el artista fueron hitos bien definidos en la memoria de Morosoli. En 1937 proyectamos y realizamos la colocación de una placa evocativa en la cornisa pétreo, a la sombra de sugerencias wagnerianas de la isla de los ombúes, para fijar el encuentro del músico y el pintor en aquel centro dramático para ambos. Uno luchaba parra lanzarlo al espacio, como si fuera un nadador ciclópeo y volatinero. Y el otro con entregarlo al tiempo, hecho sonido y silencio. Fabini proyectó una ópera, que no llegó a componer, con el Arequita en una tarde jugosa de las mieles del otoño. Y mis manos dejaron caer sobre las violetas arequitienses, por expreso mandato de Fabini, la bandera que cubría el bronce con que se vistió y salió a caminar el pensamiento de una generación.

Andando por los 20 años Morosoli se instaló por su cuenta con un pequeño café, ocupando un local situado en la calle 25 de Mayo, entre 18 de Julio y Beltrán. Luego se corrió unos metros hacia abajo y organizó el café Suizo, inolvidable para los minuanos de la época. Tenía como asociados a Juan Malaspina y a Félix Porrini.- En 1923 adquiere, con Héctor Aguerrebere, el almacén y barraca de Antonio Aguerrebere (Zaffaroni y Aguerrebere para los más viejos) situado en 18 de Julio y Florencio Sánchez. Allí entra a sudar y a soñar de firme, y hasta habla de casarse. En 1929 queda solo frente a la casa, luchando parejo, duro y recto. Llega a totalizar un giro de sólido cimiento económico, que

transforma en sociedad anónima días antes de morir. Ahora dispondría de tiempo sin relojes para escribir, leer o salir con su nieto por las calles y plazas de Minas. El sábado 28 de diciembre, por la mañana – un día antes de que el síncope alevoso llegara hasta su cama donde dormía – convinimos el itinerario de un viaje, con la Suiza de sus mayores como etapa preferente. El cantón Ticino estaba fijo en su pensamiento. Fijo y angélico, sin tiempo modificador, tal como le había llegado, desde la niñez, en labios de su padre. Era como una vieja postal iluminada, en que todo aparecía congelado y patinado : el agua de las torrenteras, el humo de las chimeneas y el tiempo.

### III

Morosoli adquiere manualidad para escribir desde muy muchacho, frecuentando la prensa minuana. Hace jugosas crónicas costumbristas, con anticipos definidores de su personalidad. El pueblo tiene memoria en él. Memoria, pulso y oído. Pequeñas cosas y tipos sin relieve – frisos de construcciones sumidas en la neblina – se acercan y acusan con fuerza, para mostrarse y advertir a los vecinos . Tiene un estilo particular – duro, elástico o acuoso – de giros saltarines. Construye con rocíos del lugar, entre la piedra y la salvia. Es capaz de suavizar la sangre de un parto o el espasmo violento de la muerte, con palabras del Cantar de los Cantares. Es un caminante en la tierra desapareja de su pago. Su prosa chispea, como si fuera de coronilla. O se deja ir, como sobre pana, perfumada de mentas silvestres, apagada en los grises de la sugestión. Populariza en los periódicos el seudónimo de “Pepe”. Tiene, como lector, dos preferencias cronológicamente extremas : Pío Baroja en la adolescencia y Joseph Conrad en la madurez. Lo atrae el mar en la literatura. El mar y los caminos de campo abierto. Gentes de escenarios sin solución y quienes sepan manejarlas, en estilo caliente y directo.

Entre un orfebre y un herrero, se queda con el herrero. Fue el primero y más constante cliente de la biblioteca municipal.

El periódico *El Departamento* (1922) – voz implícita del café Suizo – ágora y remanso de un tiempo fermental – le crea cierta obligación de escribir. Y se la crea, por extensión, a un grupo intelectualmente visible en el pueblo, nucleado por el periódico, que llega a ser un trampolín – firme y respetado – para las aventuras a cumplir en la zona de los sueños. Ese tiempo desemboca en **Bajo la misma sombra** (1925), volumen impreso en la editorial del periódico, que contiene versos de José María Cajaraville. cuota de papel virgen que le adjudicaron bajo el título de **Balbucesos**. Pueden considerarse proyección del mismo impulso, la edición del **El agregao**, de Cuadri (Santos Garrido) y **Elogio de la primera estrella** de Casas Araújo.

**Bajo la misma sombra** es un hecho casi prodigioso en el panorama nacional de la época, si se consideran las circunstancias, el ambiente y los elementos que lo componen. El núcleo se forma en torno a un periódico político, en una población apasionada, conmovida por la reciente muerte a balazos de un médico y caudillo popular, como desenlace de luchas y polémicas fozas. Es tiempo de metales y chisperío y en el grupo forman blancos, colorados, socialistas.

A la diversidad política se agrega la diversidad mental, lo desaparejo de la edad de los protagonistas de la aventura y las diferencias radicales en la actividad civil de cada uno. Magri es médico, Cuadri herrero, Cajaraville funcionario policial, Casas Araújo dentista.

Morosoli comerciante. El fenómeno no puede ser explicado como una generalización en el país. Es una localización. Un quiste en el gran todo físico y moral del país. Una dureza en la carne blanda de las ostras.

Por el tiempo de *El Departamento*, Morosoli había compuesto temas teatrales, en colaboración con Casas Araújo. La compañía de Rosita Arrieta, dirigida por Ángel Curotto, les estrena “Poblana” y “La mala semilla”, comedias de ambiente provinciano. Temporadas alargadas durante meses; con el actor Carlos Brussa como eje y animador, atrajeron a los minuanos y originaron el interés de sus escritores por el teatro. Más adelante (1926) insisten en la misma cuerda expresiva, dando “El vaso de sombras” en el Lavalleja, de Minas, y en la Casa del Teatro de Montevideo.. Rosita y Cuore son los intérpretes centrales. Estas obras no fueron impresas ni se conservan los originales.

La relación de la obra impresa de Morosoli puede ordenarse de la manera siguiente:

En 1925, **Bajo la misma sombra**.

En 1928, **Los Juegos, volumen de versos**.

En 1932, **Hombres**, cuentos. Esto es la médula de su temática. Una sorprendente irrupción en la época.

En 1936, **Los albañiles de Los Tapes**, narraciones del campo, con cierta unidad de novela.

En 1944, **Hombres y mujeres**, cuentos. Proyección, ya sin sorpresa, de Hombres.

En 1947, **Perico**, estampas para niños. Crónica de tipos y hechos de transparente inocencia. “*Perico*” suele aparearse al “*Platero*” de Juan Ramón Jiménez, y hacer el camino sin quedar atrás. Es fresco, hondo, sugerente. Por sus páginas transita un duende gracioso y feliz, que comunica la sangre, la luz y la música que lo integran.

En 1950, **Muchachos**, novela de la adolescencia, por cuyas páginas se advierte que circula, estremecida y caliente, algo de la sangre del autor. Y mucho de sus tribulaciones, angustias y deseos.

Y en 1953, **Vivientes**, cuentos regionales. Este libro se terminó de imprimir el 29 de diciembre de 1953, tres años exactamente, antes de la muerte del autor.

La obra de Morosoli recibió honores diversos, entre ellos, tres premios conferidos por el Ministerio de Instrucción Pública. Colaboró asiduamente en el suplemento (dominical) de **El Día**, y esporádicamente en la **Revista Nacional**, **El Grillo**, la revista de **Minas**. Para salvarse del olvido le hubiera bastado un breve ensayo sobre sociología, que tituló “El hombre y el paisaje”. Ocupó tribunas como las del Ateneo, la Universidad, los Ateneos Populares. Habló a los niños de las escuelas, haciéndolo con amorosa sencillez.

#### IV

Morosoli no fue, como suele afirmarse con ligereza, un obrero del campo, baquiano tallado en oficios duros, abras, tormentas y esterales. Ni las heladas ni las resolanas quemaron su nuca en la melga, el tropeo o la monteada. Fue testigo – testigo sanguíneo y veraz – pero no protagonista. Le dolieron los oficios sin seguridad y los caminos mordedores, por lo que dolieron y arañaron en los demás. Frente a “vivientes”, él pudo

presentarse, a todo derecho, como un “prójimo”. Fue hombre de quehacer urbano. Conoció el campo, los ejidos y las chacras de su tiempo y la sustancia dolorosa que los nutría, porque comprendió y fue sensible. Sabía de plantíos, de lunas, de “daños” y de venceduras. Supo ver. Puso el oído contra su tierra y la sintió viva, caliente, documental.

Fue un certero calador de hombres. En una brizna adivinaba tempestades potenciales. En un velo lejano, aparentemente voluntario; el forcejeo modificador de los vientos. Una palabra o un silencio, solían ser un tipo y su drama, para él. En el extremo de un hilo apenas perceptibles, sentía la vibración y la urdimbre del ovillo. Durante el trabajo solía mantener conversación con gente que llegaba a su barraca, de lejos o de cerca. El tipo le quedaba bailando como un trompo en la cabeza y debía saltar fatalmente. A veces saltaba, caliente, sobre el tablerío de la misma barraca, de lejos o de cerca. Gente sin mecanismo alguno, que encontraba resortes en él. Tenía una fluida y envolvente manera de darse. En las salidas esporádicas de las sierras o los ríos, mientras otros indagaban la geografía, buscaban pesqueros o jugaban a las cartas, él buscaba gente extraña con quien dialogar. Carboneros, areneros, leñadores. Vegetal, silencio y sudor, de los que él sacaba prosa. Buscaba amigos como quien busca resguardo en la garúa. Ganar amigos fue un resultado feliz en el gran juego de la vida. Ganar y perder amigos, eso es todo, pudo decir, contando los seres de su ficción, que fueron sangre y “sucedido” en el mismo ademán.

Carlos Maidana, un hombre del pueblo que tiene contestación para muchas preguntas, me atajo un día en la calle. Tenía en los ojos la neblina que le había puesto la muerte de Morosoli.

Y reprochó con vehemencia melancólica, antes que preguntar:

-¿Por qué los hombres, las mujeres y los muchachos de Morosoli son tan pacientes y se dejan abatir sin protestas por las injusticias?

¿Por qué no se defienden? ¿Por qué debiendo reventar, no revientan y apelan a su rebeldía para lograr la justicia que les niegan los demás?

¿Por qué no arrancan su derecho, su tierra y el pan y los hijos que no pueden tener, porque andan dados y dadas en casas ajenas? Vamos a ver ¿por qué?

No creo haber contestado correctamente, pues el interrogatorio fue inesperado y apremiante. Hoy puedo hacerlo en cuatro palabras.

Porque Morosoli era un hombre sereno, casi tímido, sin sobresaltos mentales, que se sentía en paz consigo mismo. Actuando como artista se hubiera desfigurado, engañándose, si hubiera apelado a la violencia para expresarse en los seres de su ficción. Ellos estaban prefijados, orgánica y moralmente hechos, con los materiales de su mundo interior. Al artista lo expresa su obra. Pero lo que lo salva y lo hace perdurable es la verdad. Su verdad.

Cuando Morosoli comenzó a escribir los cuentos que luego reunió en volumen, bajo el título de **Hombres**, discutíamos procesos y desenlaces, encontrándonos o desencontrándonos. Debíamos copiar sus trabajos a máquina y eso nos permitía ver las cosas de cerca y en detalle. A los temas de la muerte llegaba con frecuencia, casi como norma temática. Con o sin preparación del lector. La gente de su mundo solía morir de nada, morir porque sí. Estaba viva y moría, sin un expediente previo. Lo considerábamos un recurso cuestionable.

Su razonamiento defensivo era breve y polémico.

“Pero, la gente muere o no muere? He conocido hombres que no han querido vivir más y han muerto de eso que llamamos muerte natural. Un suicidio por dentro, sin testigos ni la muerte como espanto. Y otros, ansiosos de vivir, aferrados a los barrotes de la cama, que también han muerto”.

En el acto de su muerte, Morosoli decidió la cuestión a su favor, aportando una variante. Estaba sano, vivía en paz con su mundo y con el mundo circundante. No necesitó siquiera dar la cara a la pared para quedarse, imprevistamente, como muchos de sus personajes.

Cuando murió doña María Porrini, su madre, él me llevó junto a ella, en la madrugada, para que contemplara su serena belleza. Aquello era un sosiego feliz, bello y vital. Una presencia victoriosa. Si doña María hubiera estado en casa de Pepe, el 29 de diciembre de 1957, pasadas las 5 de la mañana, su alma también habría sido inundada por una sensación de serena victoria sobre la muerte.

En el aire estaban las palabras del hijo: “He sido un vagacampus sin posibilidades de redención. Aprendí, caminando, que los hombres y los paisajes son siempre diferentes. Tengo la ilusión de un viaje sin tiempo medido, por todos los lugares donde anduve trabajando, viviendo, mirando, acaso viendo”

En 1929, el 18 de mayo, Morosoli casó con Luisa Lupi. Fue a vivir a un barrio alejado del centro, más alejado ahora. Allí se dedicó a plantas y vecinos. Tuvo dos hijas. Se hizo cargo de las obligaciones que crea la comunidad, funcionando sencillamente, y las cumplió sin reservas y hasta con alegría. Fue un puntual instrumento de la vecindad. Don Domingo Muniz no lo olvidará y ha de sentirlo, por muy hondo que lo hayan puesto. Ellos están acercados y defendidos perdurablemente por la gracia de la amistad. Ahora más que nunca, porque han podido comunicar entre sí al terrón y la estrella.

Morosoli nació a las siete de la mañana. Murió antes de salir el sol, poco después de la “hora de morir” que preocupa a los curanderos., Madrugó para nacer, para luchar y para morir. Murió en domingo, que es un día de descanso, como está escrito. Podrá descansar. El tiempo le pertenece y trabajará por él.

*(\*) Conferencia dictada en la escuela de práctica “Artigas” N°. 1 de Minas, publicada en el diario La Unión de dicha ciudad los días 9, 11 y 12 de julio de 1958 y en la Revista Nacional N°. 238, en setiembre de 1992.*

*Tomado del volumen “Cuentos y Ensayos” de Santiago Dossetti, publicado por la Academia nacional de Letras. Montevideo. 1998*

## TRES NIÑOS, DOS HOMBRES Y UN PERRO

Ya había comenzado la clase cuando entró al salón Luis Alvarez, acompañado por otro niño. La llegada de un discípulo nuevo cuando está adelantado el año escolar siempre es motivo de curiosidad para la clase. Esta vez la curiosidad era más viva por el aspecto

pintoresco del nuevo colegial.

El recién llegado era Faustino Pérez. Vestía un pantalón muy estrecho que le llegaba a la pantorrilla. No era pues, ni corto ni largo. Ni de niño, ni de adolescente. Un saco corto que le llegaba apenas al término del espinazo completaba el traje. Prendido en el bolsillo “del corazón”, un broche dorado que sujetaba un lápiz de metal.

Luis habló con el maestro, mientras Faustino aguardaba al borde de la tarima donde esta el pupitre.

-Ven -díjole el maestro mientras observaba aquel lápiz que colgaba del bolsillo- parece que sabes escribir.

-Nada, no sé escribir -replicó Faustino.

-¿Y ese lápiz?

-Me lo compró el tata ...

El maestro sonrió y dijo:

-Acercate. Me dirás tu nombre y tu edad.

Faustino sacó del bolsillo del pantalón un pequeño trozo de papel doblado.

-Aquí están, dijo.

Mientras el maestro leía y anotaba, sentía el niño un rumor contenido hecho risas reprimidas y comentarios en voz baja. Adivinaba que el motivo de ese rumor era él mismo. La curiosidad le hizo volverse, poniéndose de frente a la clase, sin pizca de timidez, ni de vergüenza, como si fuera lógica aquella actitud de los que iban a ser sus compañeros. Frente a ellos sonrió.

El maestro lo llamó a la realidad.

-Tienes que atender aquí.

.Muy bien señor.

-Bueno, ahora vaya a sentarse con Alvarez. Después veremos.

Luis no conocía a la madre de Faustino. Sabía sí, que éste era del campo. Que su familia había llegado recién al pueblo.

Al otro día, en el recreo, Luis y Faustino rodeados de sus condiscípulos formaban el grupo mayor del patio. Luis contaba lo que sabía ahora de Faustino, por quien se le había despertado una ternura y una fraternidad de hermano mayor que buscaba protegerlo.

Faustino oía el relato de su compañero y sonreía feliz.

-Faustino -decía Luis- sabe domar caballos. Una vez un caballo enorme disparó con él y no lo pudo voltear....

-También sé nadar bajo el agua -agregó Faustino.

-¿Sabés?

-Sí.

\_Y tiene un cinto ancho con un cuchillo...

2

La curiosidad de los niños del pueblo, la atracción que todo chico de ciudad siente por las labores del campo, la forma de heroicidad sencilla y repetida que éstas contienen, había sido acuciada por estos relatos combinados de Luis y Faustino.

-¿Tu padre tiene campo? -pregunta Márquez.

-Sí. Con aguadas y cercos de piedras –responde Faustino.

-Y carretas que viajan de noche con un farol colgado en el eje –agrega Luis.

-¿Sabrás andar con la carreta? –pregunta otro.

-¿Sabrás andar con la carreta? –pregunta otro.

-Sí, sé. Y sé ir al monte y traer leña.

-¿Y leer no sabés?

Y tras un silencio agrega:

-Creo que el que sabe es mi padre...

-Fijate –insiste Luis- que el padre una vez mató un puma.

Entonces es otro niño, Rodríguez, el que mirando a Faustino pregunta:

-Es rico tu padre?

-Yo no sé..., a lo mejor es.

-¿Tiene campo?

-Yo no sé ...

-El es el que trabaja en él. Y lo recorre y baña las ovejas. Y se baña en las lagunas y doma los caballos y marca las vacas y los toros....

-¿Pero es de él el campo?

-Yo no sé...

Rodríguez mira el pantalón y el saco de Faustino, las alpargatas casi descoloridas por el uso y vuelve a preguntar:

-¿Por qué no te vestís mejor si tu padre es rico?

Faustino se asombra de la pregunta.. ¿Vestirse mejor? ¿No viste pantalón y saco nuevos, y no está calzado?

Entonces contesta Luis:

-A la gente del campo le gusta vestirse así. Allá hay otras formas de vestirse...

Suena la campanilla y termina el recreo.

Como al otro día no había clase, Luis invitó a Faustino para jugar. Iban cruzando la plaza cuando le dijo:

-Ves aquella casa con balcones de mármol?

-Sí.

-Es mía. ¿Vas a ir?

-Sí.

-Andá después de las cuatro.

-No puedo. A esa hora yo voy al matadero.

-¿Y que vas a hacer al matadero?

-Voy a buscar una cabeza de vaca. Antes tengo que barrer. Por el tragajo de barrer me dan la cabeza.

-¿Una cabeza de vaca? ¿Y qué hacés con ella?

Ahora se asombró Faustino.

-¿Qué hago? ¡La comemos!

Luis llegó a su casa. Le contó a su madre cómo se había hecho amigo de Faustino. Le dijo después que lo había invitado para que jugara con él. Y le dijo al fin lo que le había contado Faustino.

-Yo no se –Dijo terminando. Cómo pueden comer una cabeza...

-Y ... los pobres comerán esas cosas – dijo ella.

-Me gustaría ver cómo son los mataderos...

-A ti no te conviene ver eso... ¡Linda cosa de ver! : sangre y suciedad.

Luis se quedó pensando en aquello. Tratando de representarse una cabeza de vaca, sin lengua y sin sesos. Y a Faustino y la madre y los hermanos comiendo “aquello”.

Faustino al llegar le dijo a la madre que Luis lo había invitado para ir a jugar en aquella casa que había frente a la plaza, con dos balcones de mármol.

-No podés ir –dijo ella- Ese no es como tú ...

Faustino se quedó pensando. ¿Por qué Luis no era como él? ¿Eh?

Aquella mañana Faustino iba a la quinta de Don Vicente, el italiano, a buscar choclos.

Estaba la quinta más allá del rancherío, cruzando el arroyo, oculta tras un cerco de pitas e hinojos.

Cuando llegó encontró a Don Vicente desmontando con una tijera a un negrito flaco de hermosos ojos que resaltaban más en el rostro retinto.

-¿Qué busca? –preguntó el italiano.

-Vengo a comprar choclos.

-Bueno, espérese. Terminó de cortarle el pelo a éste y voy.

Terminada la tarea entró al rancho y volvió al minuto con una bolsa para recoger los choclos.

Apenas salió el hombre, Pololo, el negrito, desató de la cuerda que le sujetaba el pantalón una “revoleadora” y preguntó a Faustino:

-¿Sabés cazar con revoleadora?

-Sí.

-Yo también, ¿Vamos a cazar?

-Después que lleve los choclos, sí.

-Bueno. Vení. Yo vivo aquí. Don Santiago es mi padre.

Don Santiago era un alma de Dios. Tenía un profundo amor por los animales y por eso mismo, según él, no quería ninguno de compañero. Había tenido hasta tres perros. Uno se murió cuando apenas empezaba a corretear. A los otros se los habían envenenado. Cada muerte de estas le producía un dolor que le duraba días. Por eso había resuelto no tener más animales con él.

De Pololo resultó padre de una manera muy curiosa.

Noche ya, había salido con farol a buscar un hormiguero cuando encontró al negrito durmiendo en el arenal que cubría una parte del lecho seco del arroyo. Lo despertó.

-¿Qué hace aquí?

-Nada.

-Bueno. Venga conmigo. Lleve el farol.

No le costó mucho saber más. El chico se puso a hablar. Le dijo que la madre había muerto y que él se fue a vivir con una tía lavandera. Aquel día mientras ella lavaba, él se había puesto a jugar con un hijo de ésta.

-El pisó una sábana con los pies embarrados y dijo que fui yo. Como ella me amenazó con

castigarme yo disparé.  
Destruyeron el hormiguero y regresaron al rancho.

El italiano apenas llegó a la pieza calentó una olla de sopa. Le sirvió un plato y ordenó:  
-Ahora coma. Mañana veremos.  
Después le hizo una cama con bolsas. Sobre ellas puso un poncho.  
-Bueno, a dormir.  
Como nadie se interesó por el negrito el hombre se quedó con él.

Los niños se fueron conversando por los senderos perdidos entre el maizal.  
Se encontraron con el quintero.  
-¿Ustedes se conocían? –preguntó el hombre.  
-No –respondió Faustino.  
-Pero ahora es amigo mío –afirmó el negrito.  
-Usted si quiere amigos los trae a la quinta. Usted no puede salir a la calle.  
Sin duda temía que la tía pudiera reclamarlo si lo veía.  
Cuando llegaron al rancho y Faustino se dispuso a pagar los choclos el hombre rechazó el dinero.  
-Los choclos se los regalo. Si quiere más viene a jugar con Santiago.  
-Yo no me llamo Santiago –dijo el negrito- yo me llamo Pololo.  
-Usted se llama Santiago porque ese nombre yo se lo puse...Pololo es nombre de perro.  
El negrito miró a Faustino, sonrió y le guiñó un ojo.  
-¿Venís mañana?  
-Vengo.

En el patio de la escuela estaban reunidos cinco o seis compañeros. Hablaba Faustino.  
-Hay piedras que no se pueden calentar porque revienta.  
-¡Hele! ¡Hele! –exclamó Rodríguez.  
-¿Ah? ¿No revientan? Una vez, en el monte, los carboneros estaban haciendo puchero en una olla que estaba sobre tres piedras. Una reventó, voló la olla y un pedazo de la piedra lastimó a un carbonero.  
-Y... –dice Luis- ¿por qué no pueden reventar?  
-Revientan –agrega Faustino- y hay otras que tienen agua adentro. Yo tengo una que parece un ojo.  
-Tú estás contando puras mentiras.  
-Si querés mañana te la traigo. La tengo en casa.  
Apenas volvieron a la clase, Rodríguez preguntó al maestro:  
-Maestro: ¿las piedras revientan si las calientan?  
-¿Por qué preguntas eso?  
-Este niño dice que revientan y que tiene una con agua adentro.

Entonces el maestro empezó a explicar por qué ocurría aquello y afirmó que Faustino tenía razón. Dijo también que había piedras que contenían agua adentro.

Al salir de la clase Faustino se dirigió a Rodríguez:

--¿?Viste?...Lo que pasa es que los del pueblo saben menos que los del campo.

Las relaciones de Luis y Faustino habían sufrido un quebranto primero y se habían hecho más firme después.

La madre de aquél desaprobaba los encuentros con Faustino. Hasta que el padre, que era el Juez Letrado del pueblo, se enteró del asunto.

-Debes dejarlo jugar con Faustino –dijo-. Los niños que andan siempre entre mayores y dentro de su casa se hacen hombres antes de tiempo y no saben jugar con los otros niños. Después no entienden muchas cosas que hay que entender a su tiempo...los niños, pobres o ricos, son niños, y no deben separarlos las tonterías de los grandes..-las tonterías de los grandes...

Aquel día Luis fue a buscar a Faustino y fueron los dos a la quinta donde vivía Pololo.

-Pololo estaba jugando con un perro flaco, lanudo y sucio, de ojos zarcos llenos de pitañas.

-¿De dónde sacaste ese perro?

-Lo encontré en el callejón de la quinta. Le hice fiestas y me siguió.

Faustino lo miró y dijo:

-Es un perro de pueblo... Los del campo son diferentes.

-¿No te gusta?

-No.

-Cuando esté gordo y limpio será un perro lindo – comentó Luis.

Pololo sonrió feliz.

-¿Vamos a lavarlo? –dijo.

-Bueno.

Los tres fueron caminando por los senderos de la quinta hasta el arroyo. Allí, mientras Faustino y Pololo lo inmovilizaban, Luis empezó a lavarlo. Cuando terminaron la tarea lo soltaron. El perro se sacudió el agua, corrió un trecho y fue a revolcarse en la tierra con lo que quedó más sucio que antes de lavarlo.

-¡Es un bicho sucio! –comentó Faustino.

-Lo que pasa –replicó Pololo- es que no sabe que está limpio.

-Entonces –terminó Luis- tenemos que comprarle un espejo.

Llegaron nuevamente al rancho. Don Vicente había amontonado una gran cantidad de ramas de porotos que ocupaban media pieza.

-Usted –le ordenó a Pololo- tiene que trillar estos porotos. Yo le voy a enseñar cómo se hace.

Tendió una lona agranda en el suelo y con un palo empezó a golpear las ramas cargadas de chachas secas.

-Es muy fácil –comentó Faustino- si querés te ayudamos.

Don Vicente trajo pan casero y salchichón. Luis y Faustino empezaron a comer.

-Nunca he comido nada más lindo –dijo Luis.

Comía despacio, masticando lentamente y saboreando el bocado.

Faustino lo hacía apresuradamente, con el apuro del muchacho a quien nunca le sobra la comida.

Pololo golpeaba las ramas. Aún no había comenzado a comer su porción.

-Qué cosa rica –volvió a decir Luis.

Pololo recordó el cortaplumas con el escudo nacional que tenía Luis. Le gustaba mucho el cortaplumas. Además le gustaba mucho cambiar las cosas.

-Te cambio el pan y el salchichón por el cortaplumas.

-Bueno.

Ya tenía Pololo el cortaplumas en la mano cuando entró don Vicente.

-¿Y ese cortaplumas?

-Se lo cambié a Luis por mi salchichón.

-¿Cómo? ¿Dónde ha visto cambiar comida por cosas? Devuélvaselo.

-Yo selo regalé –mintió Luis.

-Es lo mismo. Dárselo.

-Déjeme que se lo regale, Don Vicente...

-Bueno. Si se lo quiere regalar...

Luis llegó a su casa cuando sus padres ya daban comienzo al almuerzo.

-Te demoraste mucho – dijo el padre.

.Sí estuvimos ayudando a Don Vicente...

Ayudando a Don Vicente? ¿En qué?

-Trillando porotos.

Y fue explicando cómo se hacía aquello.

La madre observaba. Luis comía con un apetito apurado. Comía sin pausas.

-Parece que el trabajo te dio apetito...

-Sí. Y eso que comí salchichón y pan casero.

Se entusiasmó y fue haciendo la crónica de los sucesos de la mañana desde que habían lavado el pero hasta el cambio del cortaplumas.

-¿Y no te dio vergüenza cambiar el cortaplumas por la comida del pobre negrito?.

-Yo no pensé en eso. Tenía hambre y a él le gustaba el cortaplumas... No pensé que él se quedaba sin comida.

-No tiene importancia –concluyó el padre- Pololo se alimentó hoy con el cortaplumas...

Desde hoy, en vez de darle fortificantes lo llevas a lavar perros y trillar porotos... Y fijate todo lo que aprendió además: a lavar perros y a regalar una cosa que quería mucho por un pedazo de pan... Ya vez: pasó lejos de los libros y sin embargo...

A los pocos días los amigos llevaron a Pololo a la escuela. Don Vicente le había comprado un pantalón, un saco nuevo y una gorra redonda con dos anclas doradas en los extremos de una cinta que decía : Playa Pocitos.

Como el nuevo discípulo ya era conocido en la escuela por los relatos que hacían sus compañeros Luis y Faustino, su presencia no produjo sensación en la clase. La produjo la gorra.

El perro ya estaba gordo, cuando una mañana desapareció. Los amigos lo buscaron hasta que al fin dieron con él. El animal había enflaquecido nuevamente. Lo encontraron en la casa de un soldado. Hablaron con éste.

-Se vino solo. Si quieren pueden llevarlo. Yo no puedo darle de comer todos los días, pues debo alejarme de mi casa frecuentemente.

Pololo tuvo que llevarlo en los brazos.

Apenas llegaron a la quinta, el perro se escapó y se fue con su viejo dueño, allí donde sufría hambre y abandono.

-Aquí come y está limpio. Todos lo queremos y se va con el otro a pasar hambre –comentó Pololo.

-Se fue con el primer amo que tuvo. Los perros son buenos por eso...

-Será –replicó el negrito –pero entonces es un perro loco...

-Usted no sabe nada de perros.

El niño rompió a llorar.

-Bueno, bueno...Yo le voy a conseguir uno chico. Usted lo cría...Y si se va yo no tengo nada que ver...Ni me importa.

-No le importa y andaba creciendo plata al que le trajera el que se fue...

-Bueno, se acabó –dijo Don Vicente poniendo fin a la cuestión.

Pololo fue al pueblo a llevar un cesto de verdura. Estaba en el centro cuando encontró a Pocho. En la cuerda que le sujetaba el pantalón llevaba una flauta de caña. Era un pequeño trozo con cuatro o cinco agujeros, hechos con un clavo grueso calentado al rojo vivo, con un corte –como la hendidura de una alcancía- para colocar los labios.

-¿Eso qué es? –preguntó Pocho-

-Esto es una flauta.

-¿Sabés tocar?

Sé.

Puso la flauta en la boca, bajo el labio inferior, humedeció el superior, colocó las yemas de los dedos en los agujeros y se dispuso a tocar.

-¿Qué saber tocar?

-El barbero loco.

Fue destapando los agujeros uno a uno en un remedo de escala musical. Después comenzó a tocar “la pieza”. Como viera el asombro del otro, empezó a hacer movimientos, como danzando. Al terminar dejó oír una sonora carcajada.

Recién entonces vio que Pocho tenía en la mano una esfera llena de colores.

-¿Y eso qué es?

-Es un trompo de cuerda.

-¿Baila?

Pocho le dio cuerda, lo colocó sobre la vereda y apretó el resorte. El trompo empezó a bailar.

-¿Qué colores! ¿Y todos juntos!... ¿Te lo cambio por la flauta?

-Yo aprendí solo... Pero mañana en el recreo te enseño.

Se despidieron. Pololo siguió calle abajo con el trompo en el bolsillo. Iba ligero con el temor de que Pocho se le quisiera “descambiar”. Cuando dobló la esquina se dispuso a hacerlo bailar. Ya estaba el trompo con la cuerda cuando vio venir a un guardia civil. Entonces reanudó la marcha. Llegó hasta el amplio terreno que quedaba entre la calle y la Iglesia. Luego, al portal. Miró hacia adentro y no vio a nadie. traspuso el portal entonces y tras él hizo bailar el trompo.

-Aquí no tiene colores tan lindos, pensó...Lo que es más linda es la música...

Ya iba a salir a la calle cuando, mirando hacia arriba, vio dos enormes flores de colores que reventaban en la sombra como un fuego artificial en la noche. Dos vitrales estallaban en el silencio y la sombra y bajaban por una escala de luz hasta el piso, donde quedaban detenidos, y los ojos os podían ver sin sentir la herida de la luz.

Caminó un poco más y vio a un niño con una corona de oro en la cabeza y un manto celeste lleno de brazos y piernas de metal. En una columna pequeña, como dos nubes detenidas, movidas apenas por la brisa, dos hermosas cabelleras rubias parecían abanicar el rostro del niño rubio...Pololo recordó a la madre y sus cuentos del niño Dios.

Después salió a la calle. No había visto una sola persona dentro de la Iglesia. Se sentía feliz porque había visto aquel niño rubio “que era un cuento de la madres”, que estaba allí y era verdad por consiguiente, y aquellas flores de luz que la pared dejaba caer suavemente hasta el piso.

Cuando Luis llegó a la quinta encontró al italiano sombrío sentado en un banco, bajo el alero del rancho, la mirada perdida en la distancia.

-¿Y Pololo? –le preguntó.

-¿No sabe lo que pasó con Pololo?

-No. ¿Qué pasó?

-Lo llevó la policía. No tiene padre ni madre y la atía lo quiere entregar a una familia...No tengo ningún papel, y me lo llevaron.

Luis no dijo nada. Tomó el callejón y empezó a correr en dirección a su casa. El padre le prometió que Pololo volvería con Don Vicente. El era el Juez. Podía resolver esto.

Recién ahora Luis comprendió la tremenda importancia de ser Juez...

Cuando Luis llegó con su padre, acompañados de Pololo a la quinta, Don Vicente abrazó al negrito y los dos se pusieron a llorar.

-Bueno –dijo el juez-, ahora déjelos que se vayan a jugar. Y agregó:

-Dice Luis que usted tiene salchichón y pan... A lo mejor tiene vino también...¿Vamos a comer y a conversar?

Faustino fue a avisar que ya no iría más a la escuela.

-¿Pero, cómo, si recién sabés leer y escribir un poco?

-Tengo que trabajar... Mañana empiezo a vender naranjas en la calle... En casa somos muchos... Yo tengo que ayudar a vestir y alimentar a mis hermanos...

Luis comprendió. Ya había aprendido a comprender cosas más allá de los libros. Cosas que no hubiera comprendido antes de conocer a Faustino y Pololo y Don Vicente. Primero aprendió cosas de la naturaleza viviendo como los hombres, los niños y los perros, con una vida llena de interés que no sentía cuando buscaba entenderla en los libros.

Después aprendió que también los niños tienen problemas como los hombres, pequeños o grandes problemas que él, el hijo del Juez no tendría nunca tal vez.

-Bueno –le contestó a Faustino-, andá a casa cuando salgas. Yo quiero ser el primero que te compre...

-Bueno.

-Y ahora que no irás más a la escuela, tenemos que ser mas amigos que nunca.

-Lo que es por mí –dijo Faustino-, estate seguro.

Tres cosas importantes ocurrieron ese año. Faustino entró en la escuela nocturna. El maestro tuvo “que agrandarle la edad” –según decía él- para que pudiera inscribirse. Pololo consiguió un perro al que le había enseñado a dormirse y a presentar armas como un soldado; tomaba un palo con la boca, se paraba en las dos patas y apretándolo con las manos lo ponía frente a la cabeza. Y Luis entró al liceo.

Un sábado los tres se encontraron en la quinta de Don Vicente.

-Muchachos –dijo Luis-, vamos a tener que hacer una sociedad.

-¿Una sociedad de qué?

-De amigos del arroyo, del monte, de las plantas... Juntamos plantas raras piedras...Después hacemos fuego, tomamos mate y comemos un asado.

-¿Cuándo empezamos?

-El domingo – responde Luis.

-Yo el domingo llevo la flauta nueva –termina Pololo-, Tiene siete agujeros que vienen a ser siete notas.

## LA POESIA DE “PERICO”

Durante muchos años, hemos hecho muy mal uso de “Perico” en la escuela. Lo hemos usado como texto para la ejercitación de la lectura en voz alta, como libro para extraer de él “páginas gramaticales”, como cuento, etc. Pero realmente “Perico” no es ninguna de esas cosas. El propio Morosoli ha definido en algún momento a sus relatos como breves crónicas, que inició publicando en un periódico minuano. Es esta sin duda una clasificación estilística más adecuada.

Pienso sin embargo, que la mayoría de los textos de este volumen debemos catalogarlos como prosas poéticas. Como ejemplo de esta afirmación transcribimos aquí algunas páginas para que, si aun no lo han hecho, observen la riqueza de lenguaje poético, las metáforas, las imágenes, el sentimiento y la trasmisión siempre, de ternura y mensajes para los seres humanos.

Tal vez estas características de su escritura hizo decir a Heber Raviolo que Morosoli era “un cronista de almas”.

L.N.

### *EL ARBOL EN EL CAMPO*

El árbol adquiere toda su importancia cuando está solo en el campo.

Una vez vi un árbol solo y temblando, en una tarde de junio en el campo sin casas.

Este árbol solitario me despertó el amor al bosque.

Un árbol solo, achaparrándose, hundiéndose en su propia sombra, empujado por la luz, en el mediodía de enero, me hizo pensar con tristeza en el hombre de campo.

Estaba solo. El cielo no tenía una sola nube. No se veía un solo animal angustiado estaba el árbol en el valle.

La casa del hombre mirada desde lejos, parecía una piedra blanca.

No tenía árboles, ni se veía nada en su torno.

Era una estancia.

### *LA LLUVIA*

Ver llover allí, en aquella chacra, era una cosa que causaba placer. Un placer tranquilo que aun me alegra.

No olvidaré nunca aquella mañana. hasta aquel día no había sentido la emoción de la lluvia. Me parecía que el campo y el árbol y yo éramos felices de la misma manera: quedándonos quietos y dejándonos penetrar por aquella música mansa y aquella lluvia lenta que caía sin interrupción.

A mi hermana le gustaba mucho jugar a las casitas. Con cuatro palos, algunos cueros y unos mazos de paja mansa, había construido la suya. Era una vivienda como la de los indios.

El agua vino despacio. La sentimos llegar. La vimos venir, borrando cerros, y dejando todo detrás de su vidrio esmerilado. Las gallinas corrían apresurada y ganaban hornos y graneros. Lejano cantos de aguateros y alborozados gritos de teru – terus confirmaron la presencia lejana de la lluvia. Unos horneros vinieron hasta donde nosotros. Los vimos volar y luego detenerse en la horqueta de un árbol. Habían elegido hogar. Cuando llegaron las primeras gotas, picotearon la tierra y trajeron una mota en el pico. Clocaban la piedra fundamental de su casa.

Las gentes del pago comenzaron a llegar a los ranchos. Venían a jugar a las cartas. La lluvia creaba una sociedad candorosa, sencilla y feliz.

Desde los cerros comenzaban a bajar pequeñas corrientes. En las quebradas nacían cañadas. Al campo les nacía un sistema de venas. Mirando éste recién comprendí el mapa con los azules nervios de sus ríos dibujados.

Sobre los cueros llovía lentamente. Aquel asordinado tambor nos iba invadiendo. De tarde mi hermana volvió a la casita. Quería pasar la tarde con las niñas de la chacra jugando a las abuelas.

Quería hacer cuentos de su juventud y me pedía a mí que me portara mal así podía decir a cada rato que los hijos daban mucho trabajo.

Mi hermana –la abuela- tenía doce años.

Aquella tarde fue una de las más felices de mi vida.

## EL VIAJE HACIA EL MAR

A pesar de que habían resuelto partir a las cuatro, Rataplán llegó a las tres. Era el primero en llegar.

En el café había un solo hombre, sentado al lado de la puerta, desconocido para Rataplán, lo que quiere decir que no era del pueblo.

- Buen día – dijo aquél al entrar.

- Bueno – respondió el otro, y acercó una silla al recién llegado como si lo conociera o estuviera esperándole y, tras un silencio, agregó:

-Madrugó, eh?

- Sí – respondió Rataplán – estamos de viaje a la playa.

- ¿A qué playa?

- ¿Hay más de una?

- Uf.... Muchísimas. ¿No conoce el mapa?

- No señor, no lo conozco.....|

- Pues playas hay muchísimas.....

- Habrá. A nosotros nos lleva Rodríguez.¿No ve que nunca hemos visto el mar?

En ese momento llegaron el rengó “Siete y tres diez” con su perro, y “Leche con fideos”, un hombre flaco, pálido, con una barba negrísima, e ocho días, peón de un horno de ladrillos.

Se sentaron junto a Rataplán y el desconocido. Pidieron caña y al minuto ya estaban participando familiarmente de la conversación.

El desconocido hacía cuentos de tartamudos con los que ellos se desternillaban de risa. Fue Rataplán el que tuvo que pedirle al fin:

- No haga más, por favor..... Guarde alguno para la playa.....

“Siete y tres diez”, se asomaba de rato en rato a la puerta, nervioso por la tardanza de los otros excursionistas.

Rodríguez y el Vasco Arriola llegaron cuando ya era día claro.

Aquél – que era el dueño y el conductor del camión – descendió de éste, dejó el motor en marcha y se sumó a la rueda.

El desconocido, que advirtió la presencia de Arriola, se acercó a la puerta e invitó:

- Baje, tome una caña y nos vamos:
- El día va a ser bárbaro e´ calor – dijo “leche con fideos”.
- Si, nos va a sacar lonjas - respondió Rodríguez.

Con dificultad, pues estaban muy pesados de caña, los que aguardaban en el café subieron al camión. Después lo hicieron Rodríguez y Arriola y partieron.

El camión, un viejo Ford de bigotes, era uno de esos vehículos que al marchar dan la impresión de andar atravesados con un juego de adentro hacia fuera en las cuatro ruedas que parecía comunicarse al motor por sus explosiones fuera de ritmo. O tal vez, el motor por algún milagro de la mecánica era el que imprimía a las ruedas aquel movimiento. A guisa de toldo tenía una malla de alambre tejido, pues Rodríguez lo destinaba al transporte de gallinas.

Al lado de Rodríguez – piloto por supuesto . iba el Vasco.

Rodríguez sentía pasión por el mar. Cualquier pretexto le venía bien para llegar a él. No era pescador, ni le atraía el baño en las playas. Le gustaba el mar para verlo y sentarse a sus orillas, fumando en silencio, viendo nacer y morir las olas en un callado gozo.

“Siete y tres diez”, era un viejo vendedor de billetes de lotería. Toda su familia la constituía su fox-terrier al que había bautizado en el nombre de Aquino .el último cuatrero. Como homenaje a éste y, además, porque el perro no podía ver la policía. Apenas veía un guardia civil huía ladrando en señal de protesta. Esto agradaba a “Siete y tres diez”. Comentándolo decía que Aquino “en eso salía a él”, además tenía la seguridad de que el can, pues tenía el paladar negro y era rabón de nacimiento” lo que indicaba una segura aristocracia perruna.

Rataplá había sido basurero y ahora estaba jubilado. Era sordo de un oído y le faltaban dos dedos de la mano izquierda. De los había deshecho una máquina de alambrear siendo mocito. Al revés de “Siete y tres diez” y su perro hubiera sido feliz siendo soldado. El apodo le venía de su costumbre de seguir el batallón en sus desfiles por las calles del pueblo, repitiendo en voz baja el sonido del tambor.

El Vasco Juan era un hombre callado. Cuando no había trabajo en el horno acompañaba a Rodríguez en sus viajes a las chacras. Cuando estaba borracho –cosa que no ocurría muy frecuentemente- se le veía blasfemar e insultar a un desconocido. No se sabía de dónde había venido cuando llegó al pueblo. Los del grupo suponían que estos insultos iban dirigidos a alguien a quien había conocido antes, vaya a saber dónde, pues nunca se lo preguntaron. Sabían que no hay nada más sencillamente complicado que un vasco. Y que sólo un vasco –a pesar del alcohol- es capaz de guardar un secreto y hacerse enterrar con él.

Tomaron el camino de la sierra, el que termina en Pan de Azúcar, con sol alto ya. Fue aquí que Rataplán recordó los viajes que hacían los estudiantes y propuso que se cantara algo.

Ninguno sabía canción alguna, con excepción del desconocido que sabía muchas, pero todas incomprensibles para ellos. Al fin coincidieron en Mi ]Bandera. Rataplán, a pesar de su parcial sordera, era el que llevaba el compás con la mano y el único que cantaba. Los otros tarareaban y el desconocido imitaba un trombón.

Cuando hacía una variación macarrónica. Los otros reían estrepitosamente interrumpiendo el canto.

Cuando llegaron a un trozo de camino plano, Rodríguez detuvo el camión.

-Parece una bolsa de gatos .dijo. Prendió un cigarro, dio dos o tres puntapiés a las gomas del automóvil y preguntó:

¿Y para qué cantan si no hay nadie?

- Cantamos como los estudiantes cuando salen por ahí – respondió Rataplán.
- Pero ellos cantan en la calle para que los oigan los otros –insistió Rodríguez.

El desconocido dijo entonces:

- Se canta para uno..... Por cantar..... a veces estoy solo y canto.

Rodríguez se dio cuenta entonces que el hombre era medio raro y recién se le ocurrió pensar por qué estaba allí con ellos, camino de la playa.

Al reiniciar la marcha se lo preguntó al Vasco.El Vasco señaló a los que iban en el camión y dijo:

- Ellos..... yo vine contigo.
- ¿ Ellos? ¿Y el camión es de ellos? ¿No fui yo quien invité?
- Ahí tenés.

El camión marchaba. El sol estaba alto. Dentro sólo se oía el desconocido cantando una canción en idioma extraño, de ritmo lento y triste. Los otros abrumados por el sol y la caña cabeceaban somnolientos.

El camión seguía jadeando, camino adelante. Reverberaba el sol. Algún pájaro carpintero dejaba oír su grito que rasgaba la loledad. Algunos ruidos metálicos de élitros le daban a ésta una dureza febril y reseca. A veces pulsaba la ardiente distancia el canto de la cigarra. Algún árbol de “Sombra de toro” se achaparraba en los flancos del camino que descendían erizados de piedra mora y tunas “cabeza de negro”. Muy leejos, en el término del camino de descenso de la cuchilla, espejeaba algún pequeño cuenco azulado, presencia de una cañada que en seguida desaparecía corriendo bajo la red de berros y espadañas, dejando como señal de su camino un trozo verde oscuro, jugoso y sedante en la pastura reseca y azufrada del resto del campo.

Llegaban ahora frente a un desuñidero de carretas. Una docena de árboles daba sombra a viejos fogones sembrados de huesos.

Rodríguez detuvo el vehículo nuevamente. Por el tubo del radiador ascendía una nube de vapor.

Alcanzó la damajuana –ordenó Arriola. “Leche con fideos” la puso en manos del Vasco. Este la sacudió. El recipiente estaba casi vacío.} - no tiene casi -

comentó el Vasco y la entregó a Rodríguez.

Pero Amigo – exclamó indignado - ¿serán tan degenerados estos tipos?

Descendió y se dirigió a los hombres.

- ¡ Tendría que bajarlos a patadas por sinvergüenzas! – Calló un segundo y miró al desconocido:
  - ¿Y a usted quién lo invitó?
  - Los señores – dijo, y continuó . yo no tomé una gota, además....
- Rodríguez vació el resto de la damajuana en el radiador.
- Dale manija –ordenó al Vasco.

Este dio dos o tres vueltas a la manivela, pero el motor no despertó. Luego repitió la maniobra sin resultado.

Rodríguez fuera de sí, se encaró con el grupo:

- Bájense, plastas- dijo.

Uno tras otro recibían la manivela y ponían mano a la otra. Tras un esfuerzo que los dejaba congestionados iban subiendo nuevamente al camión.

El Vasco volvió a recoger la herramienta. Fuera de sí, dio como veinte vueltas al hierro, hasta que Rodríguez lo detuvo.

-Pará. Pará.Sos capaz de desarmarlo.

Después levantó el capot. El Vasco, inocentemente y recordando alguna frase oída en circunstancia parecida, preguntó a Rodríguez:

- ¿No estará frío?
- Rodríguez se volvió “hecho una víbora”:
- ¿Por qué no te vas a la grandísima perra?

El pobre Vasco se sentó humildemente en el suelo mientras Rodríguez levantaba la tapa que cubría el motor. Tocó aquí y allá. Destornilló tuercas, unió y desunió cables sin resultado. Entonces el desconocido se ofreció:

- ¿Quiere que pruebe yo?

Tocó una pieza y se dirigió al Vasco.

\_ ¿ Me hace el favor?

El hombre dio un golpe de manija y el motor empezó a marchar.

El rengo, “Leche de fideos” y ]Rataplán empezaron a aplaudir. El camión siguió huella adelante.

Serían las once, acaso las doce, cuando Rodríguez advirtió que el radiador había agotado el agua, pues ya no salía vapor. Además no podía soportar el calor que ascendía del motor. No podía soportarlo en los pies.

- Tenemos que echarle agua – dijo. No podemos seguir más.

Pero el camino seguía por el lomo de la cuchilla. Por un plano muy tendido descendía ésta. Casi borradas, como cicatrices de la luz brutal, se veían allá abajo las manchas verdes de la vegetación que anunciaba el nacimiento de las vertientes.

Rataplán, parado sobre un cajón , miró hacia allá y comentó:

- Ta feo pa bajar y subir con agua.....

Rodríguez recordó lo de la damajuana.

- Culpa de ustedes, degenerados..... Bueno – terminó – vamos a seguir despacio.

El sol ascendía implacablemente mientras la damajuana de caña descendía también implacablemente. El perro, echado en el centro del piso, jadeaba con agitación creciente.

Rataplán lo observó y comentó.

- ¿No se pondrá a rabiarse este infeliz?

El desconocido lo miró y exclamó:

- No tenga miedo..... mientras esté la lengua húmeda no hay peligro.

El rengo le sonrió agradecido

Bajo un grupo de canelones al borde mismo del camino, había desuñido una carreta. El carrero había hecho fuego y aprontaba el mate- Los bueyes bajaban lentamente por el declive áspero hacia las aguadas perdidas en el espadañal del bajo.

El carrero en cuchillas, parecía no haber visto ni oído la llegada de los excursionistas. Rodríguez bajó y se acercó al hombre:

- Buen día amigo – le dijo.

El hombre movió la cabeza. Si dijo algo, Rodríguez no lo oyó. Tras un silencio preguntó:

- ¿No hay agua por aquí?
- Atrás – respondió el otro.

Rodríguez dio un rodeo y volvió a enfrentar al hombre:

- No vi – dijo.

El carrero enderezó el cuerpo, caminó unos pasos, se agachó un poco evitando las espinas de un tala y señalando una roca hendida coronada por un coronilla retorcido, señaló:

- ¡Allí!.....

Un hilo de agua se deslizaba por la frente de la roca y caía en una pequeña hoyita colmada.

Rodríguez casi corriendo de alegría se dirigió al grupo:

¡Bajen! ¡Bajen!” ¡Hay agua a patadas!

Bebieron todos. Después el perro.

Luego refrescaron cabeza y cuello entre risas y carcajadas. Al fin empezaron a llenar la damajuana que vaciaron una, dos, tres veces en el radiador hasta que éste enfrió completamente.

- Bueno habló Rodríguez - ¡a bordo otra vez!

Cuando estuvieron arriba, “Leche con fideos” sintió un olor desagradable. Le preguntó al desconocido:

- ¿Usted no siente olor feo?
- Siento. Hace mucho rato que siento.

Intervino Rataplán :

- Es la carne. Jiede que se las pela.....

Y entonces “Siete y tres diez” dejó caer esta observación :

- ¡Mire que la carne cuando jiede, jiede!

Habían andado media hora cuando divisaron una mancha negra violenta y prendida como un remiendo en el espacio dorado y reverberante y como movido por una brisa que llegara desde abajo, del médano tendido.

- ¡Allá es! – dijo Rodríguez.

Los de adentro iniciaron entonces un nuevo coro lleno de desmayos e interrupciones. Iban semiacostados en el piso. Solo el desconocido, tocando su trombón y haciendo

sus variaciones llenas de gracia, se mantenía de pie.

Ahora sí. Habían llegado. Al borde del monte de eucaliptos y pinos se detuvo el camión.

- Hemos pasao de todo – comentó Rodríguez - ¡pero ahora van a ver lo que es el mar!

Tiró el saco y la camisa en el césped, hinchó el pecho cubierto de sudor y volvió a hablar:

- Esto es vida!.....

Miró el mar amorosamente y exclamó:

- ¡Es loco que está lindo!.....

El último en bajar fue “siete y tres diez”. Apenas pudo hacerlo con el perro en brazos. Este apenas tocó tierra, levantó la cabeza y como atacado súbitamente por alguna droga desconocida inició una carrera frenética hacia el mar. “Siete y tres diez” lo vio alejarse con estupor. Luego comprendió la razón de la fuga y salió tras de él gritando a todo pulmón:

- ¡No tomés de ésa que es salada!..... – repetía.

Y se fue tras el perro. Entre un revolcón y otro, el rengo con su marcha desapareja levantaba una nube de arena. Caía grotescamente mientras seguía gritando. Al fin el rengo y los gritos se perdieron tras el médano. Los del grupo reían a carcajadas. Rodríguez. Ya dueño feliz de la inmensidad, lloraba de risa.

- ¡Ay, mi Dios! – decía – esto es de más..... Es de más.

Después fueron todos a la cachimba a refrescarse y traer agua.

Ya ardía el fogón. El Vasco lavaba por quinta vez la carne descompuesta. Vieron entonces llegar al rengo con el perro en brazos. El animal aparecía hinchado, con la barriga como un odre, a punto de reventar.

- -Parece un perro de goma - comentó el desconocido.
- ¿Lo trajiste para aprender a nadar? – preguntó Rodríguez.

Y empezaron otra vez a reír a carcajadas mientras el rengo miraba cariñosamente el perro tendido en la gramilla.

• No se asuste – consoló el desconocido a “Siete y tres diez” – el agua salada no mata es un purgante.

Al rato llegó un hombre del lugar. Jinete en un caballo arenero de vasos como platos, venía a ofrecerse por si necesitaban alguna cosa.

Lo mandaron al boliche por caña y vino. Todos se sentían felices. Estaban en paz. Gozaban de aquella brisa que luego del viaje accidentado y ardiente resultada deliciosa.

Con la excepción de una discusión entre “Siete y tres diez” y “Leche con fideos” que sostenía que la guerra de 1904, había empezado después que la de 1914, a la que puso fin “Siete y tres diez” generosamente dándole la razón, todo marchó maravillosamente bien.

Habían almorzado. Había sesteado. Tomaron mate, se refrescaron en la cachimba. Conversaron. Aprontaron el mate nuevamente.

Rodríguez luego de hablar mucho del mar, se dirigió a la costa.

Estuvo allí un largo rato, callado, abstraído. Fumando en silencio, mirando a la

distancia remota, siguiendo el vuelo de las gaviotas, viendo morir y renacer las olas interminables.

Los amigos lo veían allí, sentado, quieto, sólo frente al mar y la tarde que espiraba ya.

- ¿Qué estará haciendo? – preguntó “Siete y tres diez”.
- Mirando el mar y nada más – dijo el desconocido.
- Sí. Pero con verlo una vez alcanza – terminó Rataplán.

Como sus amigos – los invitados para ver el mar – no venían, Rodríguez fue al fogón a buscarlos.

|- Vamos..... – dijo. Los traje a ver el mar y ustedes están aquí, bajo los árboles..... Árboles hay en todos lados.

Los otros no dijeron nada. Lo siguieron callados y pacientes.

• El mar – decía Rodríguez – es una cosa muy soberbia y bárbara..... Para mí es un misterio que no me puedo explicar.....

Los otros seguían callados tratando de saber a qué conclusiones quería llegar Rodríguez. Y tratando además de explicarse por qué este les había hecho hacer aquel viaje para ver el mar. Cierto era que ellos nunca lo habían visto, pero bien se podía comprender sin verlo que el mar es el mar.

Ya estaban frente a aquella cosa soberbia, bárbara y misteriosa – según Rodríguez – callados, esperando cada uno la voz del otro. Caía el sol.

-¿Qué te parece? – preguntó Rodríguez a “Siete y tres diez”, señalando con el brazo extendido hacia el poniente.

• Y ----- - respondió aquél – es pura agua .....Más o menos como la tierra que es tierra..... nada más que es agua .....

Rodríguez sintió rabia y desilusión. ¿Aquella era una contestación? ¡El y el mar merecían esta afrentosa respuesta?.....

• ¿Y si es agua qué te voy a decir? ¿Qué es tierra? – terminó “Siete y tres diez”.

El Vasco se había agachado. Apretaba y soltaba el puño levantando y dejando caer puñados de arena.

Rodríguez se dirigió a él:

• ¿Y a vos qué te parece?

El Vasco lo miró como si hablara en inglés.

• ¿El qué? – preguntó.

• ¿El qué? ¿Qué va a ser? ¡El mar!

El Vasco lentamente dijo lo siguiente:

• ¿El mar?.... Lo más lindo que tiene es la arena.... ¡No parece arena y es arena!

“Leche con fideos” estaba allí. Rodríguez meneó la cabeza desilusionado. Con la vista lo interrogó:

• ¡Qué cantidad de agua” – dijo “Leche con fideos”. De lo que no me doy cuenta es pa donde corre.....

• e acercó a Rataplán - ¿Qué decís, Rataplán – preguntó Rodríguez –es grande o no es grande esto?

- Es – respondió, y volvió a repetir – es. Pero no tiene barcos..... Y para mí un mar sin barcos es como un campo sin árboles..... ¿Entendés lo que te quiero decir?..... Pintas un campo y si no le ponés un rancho o un árbol no te representa nada.....

Eso ya era algo. Rodríguez se consideró obligado a explicarle a aquel infeliz que no sabía nada del mar, algunas cosas del mar.

- Mirá: los barcos pasan por el canal. Como a dos leguas de aquí.... Ahora mismo estará pasando alguno.

Rataplán trató de pararse en puntas de pie y miró en la dirección que señalaba Rodríguez.

- Yo no veo nada – dijo.
- No los ves porque la tierra es redonda.....

Se disponía a seguir cuando Rataplán, con sorna, preguntó nuevamente:

- ¿Y el agua es redonda también?

Rodríguez No pudo más. Se dio vuelta e inició el camino de regreso hacia el campamento.

- ¡Qué Dios me castigue – pensaba – si alguna vez traigo más animales de éstos a ver el mar!.

\*\*\*\*\*

*Juan José Morosoli*

## ANDRADA

El viejo Andrada el domingo era un cuerpo muerto. Se entiende que para el trabajo.

-El domingo, - decía -, v'ía dir a visitar el monte ...

Iba a visitar el monte, como otros iban a visitar un pariente o un amigo.

-Podía, - agregaba -, dir a la feria a rebuscarme, también a misa...

Claro. Así cuando venían las limosnas de ropa, allá por el Día de la Virgen, o les lavaban los pies a los viejitos, el Viernes de la Semana Santa, lo tenían en cuenta.

Pero no. Andrada iba al monte. A visitar el monte. A quedarse vaciado por las horas que hacían dar vuelta la sombra de los troncos. Mientras la brisa rozadora de hojas, movía las copas unánimes sy los ojos se le iban poniendo pesados de mirar contra el cielo el vuelo de los bichitos. A volcar su atención en el oído, para sentir entre un tronco el sordo barrenar de un parásito.

-Pero, en qué te pasás el día, me podés decir?

Se lo pasaba mirando. Oyendo. ¿Haciendo qué? – Nada.

-Y ... echáo abajo los árboles... Mirando p´arriba... Mirando a favor de la tierra, decía él.  
Por eso sabía mil cosas. Cómo algunas clases de hongos nacían de noche y morían de día.  
Cómo estaban algunas matas llenas de telitas...  
Unas telitas que sólo cazaban gotas de rocío.  
-Ves las telas y no ves la araña... ¡Hay cada cosa!...  
Cómo el agujerito, sangrante de savia, de un tronco de sauce criollo sería pronto una esponja de madera con una colonia destructora dentro.  
El monte se le entregaba como una mujer.  
Parecía esperarlo. Correr toda vida urgente y egoísta de su interior para quedarse escuchando cómo el iba y venía despacio, juntando leña para el fueguito del puchero, planchando a lomo de cuchillo varas de junco para hacer asientos de sillas.  
Hasta las vacas que pastoreaban en los peladares se echaban sobre las patas a rumiar, lentas, los ojos perdidos en la distancia.  
Andrada, con una pereza dulcísima también, se ponía a mirarlas mover lentamente la lengua como suavizando algo.

\*\*\*

Gustaba también quedarse extendido, haciendo espalda en los troncos, las piernas en la solana, el cigarro apagado en los labios.  
O tirarse en el campo de gramillas trenzadas y duras, el sombrero en los ojos, los brazos extendidos, estaqueado al sol que le derramaba una líquida sensación de plenitud.  
Andrada y el monte se entendían en silencio. En el silencio hablaban solos.

\*\*\*

Andrada tenía sus ideas sobre la amistad.  
Los amigos había que aceptarlos como eran.  
Admitir que como venían se podían ir. Se perdían o se encontraban de golpe o despacito.  
Igual las mujeres.

Supo tener compañeros de pieza. Socios de pieza.  
Algunos se habían ido como el agua de una cachimba falsa. Escurriéndose por lo hondo, sin que se percibiera nada en la superficie.  
Cansados del silencio de Andrada. Nada más.  
-Qué caray! ... Era un hombre que no podía estar cayao... –decía explicando la partida del otro.  
Claro que no había detenido a nadie.  
-El que vino pa cá, dejó algo ayá... ¿No crés vo?...  
Pa llegar a un lao, hay que salir de otro lao...  
Uno volvió, sin embargo, luego de una ausencia de años.  
Lo conoció Andrada en una época en que el otro seguía a un turco vendedor de tienda, por las chacras cercanas, cargado con una verdadera casa de comercio, porque el turco tenía bastante capital.  
Volvió bien vestido, contento, triunfador.  
-Tengo ganas de estar unos días con usted, compañero, -dijo.

Y se quedó por unos días.

Al irse ele dijo:

-Usted es el mismo hombre de siempre... Ni siquiera le da por preguntar...

-¿El qué?

-Por mi vida... Creo que he cambiado...

-¡A lo mejor!...

El otro se despidió y Andrada se quedó pensando:

El no serviría para amigo de nadie por lo visto. Serviría para otra cosa. O no serviría para nada.

-Hay yuyos macanudos... Otros son veneno... ¿Y no hay algunos que no son nada?...

¡Si podría haber hombres así!

\*\*\*

Tuvo un compañero muy especial. Un hombre que le dijo una vez cosas muy hondas. Este fue Floro Acuña.

Acuña era yuyero. Un cristiano que siempre se andaba ofreciendo para hacerle favores a Andrada. Se veía que le gustaba más dar que recibir.

-El te hacía un bien y te pedía disculpas...

Este hombre tenía un mal a la vejiga. Por eso usaba una faja de cuero de cordero con la lana para adentro.

Se levantaba de noche a “cambiar las aguas” hasta tres veces.

Andrada se conmovía recordándolo y confesaba;

-Nunca se volvía a acostar sin dír a ver si yo estaba tapao... ¡Eran unas madrugadas cruyeras!...

Tal vez alguna vez siendo chico él, alguien se le arrimaba así mientras dormía.

-Nunca salía pal centro sin preguntarme si precisaba algo... ¿Era un alma 'e dios, Acuña?...

¡Pobre!...

\*\*\*

Un día Acuña no pudo más.

-Compañero- le dijo-, tengo gana de dejar la sociedad de la pieza...

Andrada le contestó sin mirarlo siquiera:

Acuña no se conformó y siguió:

3

-Yo no tengo queja... ¡Pero usted es tan cayao!...

Y le dijo Acuña, además, que a veces ni siquiera contestaba a las preguntas de él. Parecía que no lo oyera...

-Hay conversaciones que no se pueden seguir así...

Tenía razón Acuña. Andrada no lo oía. Sabía que el otro le estaba hablando a él. Pero su atención estaba muy lejos. Perdida en nada.

-¡Vos podés creer?... ¡En nada!

-Esto me pasó con Acuña, terminaba.

\*\*\*

Los hombres, los días y los años se iban sin tocarlo, sin rozarle el alma, que el tenía para los domingos del monte.

-¡Pero que un monte es cosa linda!...

Era una cosa linda que él poseía en silencio, domingo a domingo, mientras se le iban los años y se le iban los hombres.

Era una cosa linda que lo poseía a él, sorbiéndole los ojos, entrándole una pereza gozosa, poniéndole en las venas una beatitud de miel espesa.

Pero aún el monte le escondía algún secreto.

-¡Pero contá, hombre de Dios!... ¡No será “el cuerpo e’ “la virgen” lo que te falta ver!...

Andrada se le acercó al oído y le dijo en secreto;

-Son... ¡las chicharra!...

\*\*\*

Más que el monte era el campo lo que le gustaba ahora.

Estaquearse en la solana infinita, mirando las nubes que as veces le cruzaban sobre los ojos semicerrados una sombra caminadora.

Abrir y cerrar de golpe los ojos para que le quedara entre frente y nuca una como flor de cardo, roja y temblante.

El monte se solía poner frío y él ya empezaba a envejecer.

El campo era de gramillas firmes. El, se extendía en él, con los brazos y las piernas abiertos. El sol le besaba la cara áspera, de barba casi blanca.

Lejísimo, en el fondo mismo del cielo, bien redondo, un punto negro. Un cuervo estaqueado como él o una lucía de día.

\*\*\*

Una mañana lo levantaron, definitivamente extendido.

Sobre su reposo había amanecido y anochecido. Había llovido y habían cruzado solanas de miel.

Donde estuvo él, el campito había quedado amarillo.

El extendido potrero lucía una mariposa amarilla tatuada en el verde total del gramillal.

DOS VIEJOS

Fue una amistad que se inició en la ventanilla de una oficina de pagos para jubilados. Don Llanes recibió de manos del pagador una planilla en la que tenía que escribir algunos datos personales.

-¿Y usted no me la puede escribir? –preguntó al empleado.

-No. Pero aquel hombre tal vez le ayude.

Señaló a un hombre que estaba esperando. Este se paró y se acercó a la ventanilla, cobró y luego fue a hacerle el trabajo a Llanes.

Al fin éste presentó el papel, recibió el dinero y salió con el otro de la oficina.

\*\*\*

Ya en la calle Llanes invitó;

-¿Vamos a tomar una copa?

-Le agradezco, pero no bebo.

-Entonces acépteme unos bizcochos.

-Mire, le digo la verdad, pero a esta hora no apetezco.

Don Llanes lo miró de frente. Advirtió que era un “viejo poquito”. Suave. Delgado. Atildado. Tenía buena corbata. Buenos botines lustrados. Y unas manos finas y blancas. Parecían de mujer.

-Ta bien –dijo- yo cuando cobro, como alguna golosina y me paso alguna caña para adentro...

\*\*\*

La mañana estaba linda. Bien soleada la plaza. Bajo las acacias de sombra redonda, medallones de sol se marcaban suavemente. Había un silencio agujereado por los ríos de los gorriones. Don Llanes miró hacia los árboles. Sacó la tabaquera y se la tendió al otro.

-Haga uno. Es de contrabando.

-Gracias, no fumo.

Entonces Llanes preguntó:

-¿Es enfermo usted?

-No señor, pero me cuido.

Se hizo una pausa.

En el centro de la plaza, bajo una acacia dorada, el banco donde siempre se sentaba a comer bizcochos, parecía esperarlos.

-¿Qué le parece si nos sentamos a prosear?

-Sí. Eso sí.

Don Llanes era un hombre bajo, de cuello corto. Vestía bombacha ancha, de abrochar bajo el tobillo y calzaba alpargatas. De él se desprendía una fuerza tranquila. Su cara era plácida. Sin sonrisas, de mirada fuerte pero no dura. Una mirada que se quedaba un poco en las cosas.

Hablaba despacio con voz gruesa y Baja. Una afeitada reciente hacía resaltar más el tostado de la piel en el cuello y en la frente. Un tostado color ladrillo.

-Yo estoy acostumbrado a sentarme aquí cuando cobro.

-Yo lo he visto. Vengo seguido, pero después me canso. Pero al rato vuelvo a venir...

-¿Fíjese!

Entonces “el viejito” – así lo había bautizado Llanes –ya seguro del interés del otro por su charla, prosiguió:

-Como no tengo familia vivo en una pensión...

-Una cosa que yo no podría, ¿ve? –acotó Llanes..

-Sí es triste... pero...

Don Llanes esperó un poco la continuación del relato, y preguntó después:

-¿Y?

-Eso. Tres en una pieza. Los otros son jóvenes. Trabajan. Vienen a comer y se van. Después vuelven y se acuestan.

La necesidad de contar algo de su vida parecía haber desbordado su prudencia frente a aquel hombre con quien hablaba por primera vez y que parec`8ª tan diferente de él.

Siguió:

-Y no han caído en las camas y ya están dormidos.

-Las camas son para eso...

-Sí. Eso sí. Pero yo me acuerdo y demoro en dormirme... Y después que me duermo me despierto otra vez... Me cuesta volver a dormirme... Hasta que me levanto temprano a esperar.

-¿A esperar qué?

-¡Nada! ¿Usted sabe lo que es esperar nada?

-Si le digo que no entiendo.

-Espero la hora de almorzar... Salgo y entro y salgo otra vez... Doy vuelta la manzana y vuelvo ... Me siento aquí y espero. Calculo que son las doce y son las diez... Las doce demoran mucho en venir... Almuerzo y tengo que esperar que pase la tarde y la tarde no se va nunca. Cuando llega la noche espero la cena.... Me acuesto... No me duermo y lo peor es que me tengo que quedar quieto porque tengo miedo de despertar a loa otros....

Llanes le escuchaba. No entendía bien la tragedia del hombre pero se daba cuenta de que aquello era una cosa de esas que parece que no pueden ser..

El otro seguía y Llanes se iba fastidiando con él porque aguantaba aquello y lo contaba con una lentitud que no esta de acuerdo con su deseo de que terminara en algo. Que le pasara algo, en fin. Hasta que le interrumpió:

-Pero amigo, le dijo, ¿usted no se enloquece?... Porque es peor que estar tullido.

-¿Cómo peor que estar tullido?

-¡Pues! Un tullido está tullido. Pero usted puede andar. Irse. Hacer algo. Usted no está atado ni enfermo, ni preso,. Ni yo que sé qué es lo que le pasa!

-Sí, sí. Tiene razón, pero...

Los dos se habían desahogado. Parecían quedar vacíos. El silencio ni los separaba ni los unía. Como si hubieran vuelto a su natural soledad.

Así hasta que Llanes invitó:

-¿Qué le parece si vamos a mi rancho y comemos un asado?

El viejito aceptó porque le faltó resolución para rechazar la invitación.

No se explicaba por qué había ocurrido esto que le sacaba de su orden, de su destino de pieza engranada en un vacío que le hacía funcionar sin que hiciera falta. Que le hacía funcionar porque sí. Sin explicación posible.

\*\*\*

Palabras fueron y palabras vinieron. La tarde se le fue sin advertirlo. Habían recorrido la quintita de Llanes. Llegaron hasta las barrancas del arroyo que distaba una centenas de metro.

Ya estaban cerca de la pensión. Habían caminado dos o tres cuadras sin hablar cuando Llanes dijo esto:

-Lo que tiene que hacer usted es venirse a vivir conmigo. Prueba. Si no le gusta se va...

El viejito vaciló. Miró a Llanes y contestó tímidamente:

-Bueno... Si usted quiere...

\*\*\*

El rancho era amplio. Limpio. Paredes de ladrillo y techo de quincha, plantado en un terreno de dos mil metros bien cultivado. En dos horquetas clavadas en la tierra, el mazo de cañas de pescar, con una bolsita enfundando las puntas.

Llanes al lado del fogón tomaba mate. Era la primera mañana que iban a compartir. El viejito se lavó se peinó y se acercó al fogón.

-Buen día –dijo.

Llanes por contestación le entregó el mate. Más que invitarlo le ordenó:

-¡Tome!

-Es temprano –dijo el otro-, usted madruga.

-¿Temprano? Son las seis...

Tras breve pausa, siguió:

\_Cómo va a dormir de noche si se levanta a media mañana...

El otro no dijo nada. Pero pensó:

-Si le llama media mañana a las seis, se levantará a las cuatro...

Tomaron cuatro o cinco mates. Llanes volvió a ordenar:

-Vamos al mercado... Hoy vamos a pucherear...

Cuando volvieron Llanes fue por verduras y leña. Al viejito le pareció que su deber era ayudar al amigo y se puso a lavar la carne. Cuando Llanes volvió lo encontró en eso.

-¿Pero qué está haciendo hombre? –le preguntó fastidiado-. ¿Se cree que la carne es una camisa? ¡No ve que le saca todo el jugo!

El otro se quedó callado. Abrumado por la reprimenda. Llanes lo advirtió y le dio lástima.

-Parece una criatura –pensó. Y dijo:

-Usted no haga nada sin preguntar... ¿No ve que no sabe?

\*\*\*

El viejito empezó a agrandarse en la estimación de Llanes aquel día en que leyó el diario “para los dos”.

Leía y hacía consideraciones sobre lo que leía. Explicaba todo y Llanes le entendía. Le parecía “estar viendo” lo que él le relataba. Se le “representaban” las cosas, según le dijo. Era una crónica policial y al final comentó Llanes:

-Es grandemente claro... Pero una muerte es una muerte...

-Según. El que sabe como fue es él...

-Sí. Pero la cárcel...

-Eso no es nada. Yo le digo porque se... Feo es dormir con un muerto abajo la almohada... Si usted mata pa defenderse el muerto se va... Si no, se queda... La justicia es usted ¿no le parece?

Callaron un momento. Luego pregunto el viejito:

-¿Usted conoció algún caso?

-Sí. Me tocó a mí. Tuve preso y después salí... Y del muerto, no le miento...

-Y tras un silencio:

Bueno... Si las cosas no entraran y salieran de uno... ¡Dios nos libre!...

\*\*\*

Estaban tomando mate cuando llegó aquel hombre. Era joven. Descendió de un camión.

-Buen día, dijo. Y se dirigió a Llanes:

-¿Cómo está?

-Bien... ¿Y vos?

-Bien...

Señaló el camión y dijo:

-Y ahora trabajando bien... Es mío...

-¿Y tu madre?

-Bien.

Se callaron. Parecían haber dicho todo hasta que Llanes preguntó:

-¿Querés quedarte a comer?

-No. Me tengo que ir... Tengo que cargar leña...

Otro silencio. Pesado.

-Así que me voy a ir...

Le tendió la mano a Llanes y siguió:

-Bueno... Que siga bien...

-Gracias. Y dale recuerdos a tu madre.

El joven subió al camión y partió.

El viejito preguntó:

-¿Y este mozo?

\_ Dicen que es hijo mío...

Se asombró el viejito. Nunca había oído a Llanes hablar de su familia.

-¿Así que es casado entonces?

El que se asombró ahora fue Llanes

-¿Casado? ¡No! Pero hijos debo tener... dos o tres...

-¡Ajá!

-He caminado mucho. Uno anda por aquí y por allá. Y como ni ayuda ni pide ayuda... Y los hijos son de la madre, no del padre... Si uno sigue y ella queda, quedan ellos.

El viejito calló. Se concentró. ¡Qué hombre este Llanes! Sembró hijos. Mató un hombre. Olvidó a los vivos y a los muertos. Está solo y es feliz.

Comprendió que los hechos de su vida los iba dejando olvidados, como si no hubieran tenido consecuencias. Como hechos que al realizarse murieran.

\*\*\*

Llamaban a la misa las campanas de la Iglesia. El viejito se levantó, se vistió con su traje dominguero y salió del rancho.

Llanes mateaba.

-Se durmió, le dijo y le alcanzó un mate.

-Gracias, dijo el otro. Hoy no puedo. Tengo que estar en ayunas.

Esperó que Llanes le preguntara algo. Que le averiguara por qué se había vestido con aquel traje que desde que vivía con él no se había puesto nunca. Pero Llanes no pareció interesarse ni por la contestación que él dio al rechazar el mate, ni por el traje nuevo.

-Voy a la iglesia –dijo-. A comulgar... Voy medio seguido... Y preguntó después

-¿Usted no va?

Llanes pareció asombrarse.

-¿Para qué? Preguntó a su vez. Y siguió: No estoy enfermo... No preciso nada... ¿Para qué voy a ir?... ¿No le parece?

El viejito no le contestó y ganó la calle. Camino a la iglesia pensaba:

-Sí. Algo iba a pedir él... Pero no era para ahora. Era para después... Pero Llanes ni eso precisaba... Y recordó algo que le oyó decir un día: ¿Pedir lo que a uno le tienen que dar?..., Si se lo tienen que dar y no se lo dan el que está mal es el que lo tiene que dar... Entonces usted lo agarra... Por eso él no pedía nada...

\*\*\*

Ahora la vida de ambos tenía un ritmo parejo. De yunta. Comían, tomaban mate, pescaban. A veces recorrían la costa del arroyo. Hablaba el viejito y Llanes callaba. A veces hasta preguntaba algo, parando las lecturas del otro. Llanes cavaba la tierra. El viejito le seguía con fidelidad de perro, o iba al costado de él o le alcanzaba pequeñas plantas que el otro trasplantaba.

\*\*\*

Aquella tarde fueron al arroyo. El viejito vio cómo Llanes se desnudaba y zambullía en la laguna desde la barranca. Después iba y venía nadando de orilla a orilla. Cuando salió le dijo:

-¡Pero qué hombre es usted Llanes!

No entendió Llanes y preguntó:

-¿Qué dijo?

-¡que sería lindo ser como usted!

Se fastidió Llanes.

-Déjese de bobadas, dijo. Y luego: - Decirme eso a mí que no sé leer!... ¡Cállese!

El viejo caminó dos o tres pasos, recogió la ropa de Llanes y al tiempo que la alcanzaba dijo:

-Vístase ligero Llanes... ¡Hace frío!...

Llanes sonrió.

Desde que estaban juntos era la primera vez que sonreía.

### ***LA QUERENCIA OLVIDADA***

El caballo estaba muy viejo. No servía más y el hombre lo lanzó al camino. Entonces comenzó su marcha lenta. En un pastoreo de portera abierta, entró. Comprendía que era libre. Pero la libertad sin destino, no tiene valor. En el atardecer levantó la cabeza hacia los astros. Aspiró los vientos. Buscaba en las luces lejanas y en los vientos viajeros la querencia olvidada. Al amanecer comenzó a viajar hacia su infancia. La libertad tenía un destino.

Después de muchas jornadas comprendió que su querencia estaba muy lejana.

Caminaba lentamente. A veces una dulce pereza le tendía en los bordes de las aguadas llenas de árboles. Oras, se detenía en el camino, mirando sus hermanos prisioneros, tras los alambrados.

Una mañana le costó andar.

En la tarde un cuervo negro apareció junto a la estrella de los troperos, la que ordena recomenzar la marcha.

Desde ese día viajó en la noche.

Pero en el amanecer, cuando se apagaba la última estrella, surgía desde la distancia celeste el cuervo viajero.

Un día comenzó a volar hacia la tarde que estaba a espaldas de la querencia del caballo.

Pero surgió otro cuervo. Y cuando éste se cansó y voló hacia atrás, llegó otro. En cada jornada había un cuervo que quería ir hacia la infancia del caballo.

Ahora ya volaba casi sobre el viajero lento y lo angustiaban los descansos largos, pues él,

les veía las garras y el pico con sangre.

Esta vez quedó estirado y feliz en el campo, cerca del agua.

Antes de dormirse bien recordó que en su querencia, hacia donde iba ahora, no había cuervos, sino pequeños pájaros de color